



Irresistible
Saga Indomable 1

2

Kattie Black



IRRESISTIBLE

Saga Indomable I

Kattie Black

Advertencia de contenido: Esta historia contiene escenas con alto contenido sexual. No apta para menores ni mentes sensibles. No tratéis de reproducir ninguna escena si no es de manera sana, segura y consensuada. Esta historia es ficción, no pretende ser un ejemplo de nada, así que deja volar tu imaginación y tu fantasía sin prejuicios ni tabúes.

Irresistible de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO TRES

No era la primera vez, ni iba a ser la última, que encadenaba un día con el anterior. Normalmente era consecuencia de las fiestas, las noches de intenso trabajo o por el recurrente insomnio. En cualquier caso, no solía dormir más de cuatro o cinco horas, y eso si lo hacía. Aquella mañana me sentía más despierto y activo que de costumbre, después de darme un baño fui a alimentar a las bestias del jardín —una camada de gatos a la que había estado dando de comer y se había convertido en una especie de comuna felina—, estuve corriendo un rato en la campiña y el bosque que rodeaban mi casa e incluso me senté a escribir aprovechando el silencio de la mañana. Los chicos no solían venir a molestar a esas horas, y cuando se encontraban en la casa respetaban mis horarios, en especial porque no solían coincidir en absoluto con los suyos. A esas horas eran poco más que muertos vivientes huyendo del sol.

Y es algo que no pega en absoluto con un señor de la oscuridad, pero a mí me gusta el sol. Esa mañana brillaba con fuerza, el ambiente era fresco y húmedo y la vegetación del jardín parecía haberse avivado con la llovizna caída en algún momento de la noche.

Me sentía lleno de energía, pletórico. Salí de la casa a las diez de la mañana y cogí la Harley para dirigirme a la ciudad, había asuntos urgentes que atender. Solo cerré la cancela del exterior y la puerta principal, las vidrieras de la sala de ensayo permanecían abiertas al vergel frondoso del jardín, los gatos entrarían y se tumbarían a tomar el sol sobre el piano y los divanes una vez terminasen con el contenido de los comederos. No solía confiar demasiado en la gente en lo que a los animales se refería, pero estaba seguro de que Alexandra se llevaba bien con los felinos, así que me fui sin más preocupaciones.

*

Había dormido mejor que en los últimos tres años. Cuando me desperté, me di el gustazo de quedarme

una hora más en la cama y finalmente me vestí y bajé en bata a la planta inferior. No se escuchaba nada. Ya no sonaban los instrumentos que había oído la noche anterior, lejanos, antes de quedarme dormida. Me hice un café y me paseé por la gran mansión sin miedo a ser sorprendida. Me daba igual que Crowley me pillara curioseando, con la taza en la mano y acariciando a los gatos que me salían al paso o que me iba encontrando sobre los sofás de cuero, paseando sobre los muebles o tumbados en las alfombras. Cuando hube cotilleado a mis anchas, me comí un paquete de galletas rellenas de dulce y me metí en el estudio, donde estaba el piano. Pasé los dedos sobre la madera esmaltada, y luego acaricié las guitarras y los parches de las baterías mientras paseaba. Me miré en el espejo. Me peiné con los dedos. Después salí y tiré el envoltorio de las galletas en la cocina, subí a la habitación y me estuve aseando y arreglando. Cuando volví a bajar era casi mediodía y aunque seguía en bata y ropa interior, me había maquillado y puesto los tacones.

Me metí en el estudio y busqué entre los cd's uno de Masters of Darkness. Uno en concreto. Sabía cuál quería, y no tardé en dar con él. Conecté el equipo de

música y lo puse. En uno de los rincones del estudio había una barra lateral y otra vertical; seguramente los del grupo las usaban para calentar y entrenarse. Hice algunos estiramientos en la lateral y empecé a ensayar. Los números que solía hacer en La Ratonera eran duros y sensuales, muy físicos. En ellos siempre utilizaba canciones de rock gótico o industrial, mucho cuero, corsés y agresividad. Había bailado varias canciones de Masters of Darkness, pero mi favorita era *Scars*. En ese número me colgaba boca abajo de la barra, con las piernas enredadas bien arriba y luego hacía ondular el cuerpo antes de sacudirlo hacia uno y otro lado y dejarme caer, apoyando las palmas en el suelo. A la mayoría de los tíos que acudían a La Ratonera solo les importaba ver tías desnudas, pero los hombres suelen ser idiotas y ni siquiera son conscientes de lo que realmente les excita. El deseo tiene muchos mecanismos, y yo conocía los más salvajes. Les gustaba verme con el pelo revuelto, agitándome frente a ellos desafiante, soñaban con que les pusiera el tacón en el cuello y les diera latigazos.

Putos cerdos. Que siguieran soñando. Ninguno de ellos merecía mi atención.

No había sido difícil acercarme sin hacer ruido. La música sonaba a todo volumen desde la sala de ensayo, así que simplemente me fui a la puerta, me apoyé en ella, me encendí un cigarro y la observé bailando en mis barras. Ash una vez se rompió la cabeza intentando emular a una bailarina de *pole dance*, a todos nos pareció muy gracioso hasta que se desmayó un par de horas después. Le llevamos a urgencias, borrachos como cubas, y descubrimos con sorpresa que no había sido el golpe el causante de su desmayo, si no el alcohol. En ese instante, mientras miraba las evoluciones de la exuberante mujer a lo largo del poste de metal, me di cuenta de lo desaprovechado que estaba aquel rincón, y de lo desaprovechadas que debían estar tantas barras en el mundo sin una Alexandra en ellas.

Mientras fumaba a grandes caladas dejé que por mi mente desfilasen los pensamientos sucios. Lo terrenal de aquellos movimientos me recordó a lo que había sucedido la noche anterior. No podía haberla

imaginado bailando de otra manera, Alexandra no era la muñeca de porcelana en el centro de una caja de música, era una fiera marcando territorio, revelando la naturaleza de los hombres con su hechizo, muchos caerían de rodillas y lamerían sus zapatos, algunos desearían dominarla y acabarían de igual manera. Pocos lograrían cazarla.

Lo difícil era no verse atrapado en aquello, no responder a esa llamada que despertaba en la sangre. Pero yo la mantuve a raya. La estuve observando hasta que me vio, justo cuando se colgaba boca abajo. Agarró la barra e hizo una contorsión, enredando las piernas y deslizándose para bajar, al tiempo que erguía el tronco y sus tacones tocaban al fin el suelo. Verla hacer esas cosas con la bata de diva y los tacones despertó la admiración en mí. Me gustan las mujeres que saben mantenerse erguidas sobre esas piezas de refinada tortura sin perder un ápice de su dignidad.

Se acercó al piano y apagó la música con el mando a distancia, bajo mi atenta mirada.

—Buenos días, princesa. Me alegra ver que te

estás adaptando tan bien a mi hogar. —Sonreí de medio lado, exhalando el humo del cigarro por la nariz al apartarme de la puerta.

—No es difícil —respondió mientras se sentaba en la banqueta, se acercaba un cenicero y encendía un cigarrillo. Se me quedó mirando unos segundos, mientras aspiraba para encender la brasa—. ¿A qué hora viniste a mi habitación?

Mi sonrisa se ensanchó. Me acerqué al piano y me acodé en él, inclinándome hacia ella para mirarla a los ojos. A la luz del día parecían esmeraldas, incluso con ese moretón que le había dejado el gilipollas de Steve, eran hermosos y profundos.

Me dieron ganas de golpear a esa rata aún sin tenerla delante. Maldito cabrón.

—No sé de qué me hablas —respondí. Mi sonrisa dejaba claro que lo sabía a la perfección, descarada y maliciosa—. He estado aquí toda la mañana.

Ella me devolvió una sonrisa pícaro.

—Sé que has estado. Te has llevado el mechero, y has dejado tu olor. No estaba en las sábanas, así que sé que no te metiste en la cama conmigo. Pero me pregunto si te quedaste mirándome mucho rato.

Me miraba con fijeza. Alexandra emanaba una fuerza magnética, un perfume que estaba sintiendo de nuevo como si fuera algo vivo colándose en mis fosas nasales, tirando de mí hacia ella.

—No te emociones... —dije, con la mirada fija en sus ojos—. Olvidé el mechero y fui a recuperarlo, no soy ningún perturbado.

—Si fueras un perturbado te habría hecho una llave —me aclaró sin aspavientos.

Sonreí con un gesto sarcástico. Me había encendido el cigarro en su cuarto, no tenía nada que esconder, y mucho menos en mi propia casa. Quería que supiera que había estado ahí mientras dormía, y quería comprobar que reconocía mi olor. Ese detalle me provocó un ligero estremecimiento bajo la piel. Bajé la mirada a sus labios, sin borrar la media sonrisa

y al tomar aire me tragué parte del humo que ella exhaló. Después, me erguí con tranquilidad, haciendo frente a aquella tensión, y dejé la pequeña bolsa negra que había traído conmigo sobre el piano, sin mirarla, empujándola hacia ella como si no le estuviera dando nada.

—¿Has desayunado? —pregunté como si nada.

En lugar de responderme, levantó la ceja y sacó la pequeña caja que contenía la píldora anticonceptiva. Se rió entre dientes y me miró con gesto burlón.

—¿Esto es una especie de juego con palabras clave? —Volvió a hurgar en la bolsa y sacó el resto de las cosas que había comprado en la farmacia de la ciudad—. Pastillas anticonceptivas y pomadas para los golpes. ¿Me estás tratando de decir algo, cariño?

—Más vale prevenir que curar... —Arqueé una ceja. Alexandra parecía una mujer sensata, pero yo prefería asegurarme—. Lo demás es para lo que no hay más remedio que curar.

Le sostuve la mirada un instante y luego la volví al frente al levantar la cabeza para dar una nueva calada, mientras me apoya en el piano de espaldas.

—¿Eso te lo ha hecho Steve? —pregunté con fingida desafección.

—Para hacer honor a la verdad, lo hizo en defensa propia —confesó. Luego desvió la mirada, como si algo la incomodara—. Se irá en un par de días. Y respecto a lo otro, puedes estar tranquilo. Tomo precauciones. En cualquier caso, a día de hoy todavía soy capaz de comprar mis propios medicamentos si los necesito.

Yo le había «prohibido» salir de la casa, pero por si no lo tenía claro, con aquellas palabras me estaba dando a entender por dónde se pasaba mis indicaciones.

—No he desayunado —respondió al fin, y sonrió de nuevo con guasa al mirarme—. Pero tus gatos sí. Les he dado caviar iraní y otras pijadas que guardabas al fondo de los estantes. Para ocasiones especiales,

supongo.

Vaya, así que Alexandra pretendía desafiarme dando comida de lujo a los gatos. No podía estar más errada. Miré de reojo a dos de los gatos que estaban tumbados al sol en la escalinata del jardín. Uno tenía una oreja partida, el otro una vieja cicatriz en la nariz, ambos eran de color naranja y su pelo lustroso resplandecía al sol. Mantenían los ojos cerrados, en esa posición de antiguo emperador tras el banquete, ignorándonos como si no fuéramos nada a tener en cuenta.

—Algún día van a reventar... —Me importaba una mierda si les había dado caviar o de dónde había cogido la comida, me jodía mucho más cuando tenía que malgastarlo en ciertos periodistas, *managers* y demás en las fiestas y los eventos en los que todo el mundo me lamía el culo. Aquellos bichos merecían mucho más que la mayoría de gente a la que conocía.

Me quedé mirándolos un largo instante mientras fumaba. Ella estaba cerca y era incapaz de sustraerme de su presencia aunque lo intentase, la *oía* respirar, y

la olía.

—En defensa propia... ¿eh? —seguía dándole vueltas a lo de Steve, recordaba las miradas de los hermanos, esa tensión rara entre ellos y ella. No me gustaba. La miré de reojo, expulsando el humo por la nariz—. No encajas al lado de Steve.

No era eso lo que quería decir. «¿Estás con él? ¿Por qué estás con él? ¿Qué demonios hace una restauradora en La Ratonera? ¿Por qué le dejas creer que eres algo con lo que se puede comerciar?». Pero aquellas fueron las únicas palabras que salieron de mi boca.

—Tú tampoco.

—Yo no estoy a su lado. Me debe dinero.

—Bueno, qué más da. No es más que una rata.

—¿Y por qué estás con una rata?

Al final lo hice, pregunté lo que no me importaba.

«Y es que no debería importarme, maldito fuera».

—No estoy con él. Trabajo para él —puntualizó—. Es complicado. Pero en realidad no importa, ese tío no es nada para mí.

Sus palabras me produjeron alivio y satisfacción. Steven siempre me había provocado repulsión, era una sensación visceral... había hecho tratos con él por el mero hecho de que podía permitírmelo. Me gustaban esos juegos peligrosos, me gustaba tener a gente como él bajo mi bota y destrozarla si se daba el caso. Pero ahora que sabía lo que tenía entre manos el asco que sentía se acentuaba en algo que aún no tenía ganas de analizar. No me importaba si ella estaba con él o no, ¿no? Realmente, ese tío había nacido vencido, no tenía nada que hacer ante mí, y tampoco ante esa mujer a la que me había cedido en su arrogancia.

Aquel papel especificaba muchas cosas, pero yo había podido comprobar por mí mismo que la bailarina no se plegaba a imposiciones y que daba el mismo valor a aquel contrato que yo mismo.

—¿Vas a invitarme a desayunar, o tu pregunta de antes era solo por curiosidad? No diría que no a unas tostadas francesas. Y si quieres me las puedes preparar desnudo, solo con el delantal puesto. — Intentó desviar el tema.

—¿Me has visto cara de chacha?

No me había quedado satisfecho ni de lejos con aquellas respuestas, y la verdad es que yo mismo no lo entendía. Las preguntas volvieron a asediarme como una maldición. Quería dejar de pensar en eso, pero no podía. Preguntas corrosivas y ardientes, sobre ella, sobre Steve y La Ratonera. Siempre supe dónde estaba metiendo la pasta, pero nunca me preocupé por indagar o relacionarme con alguien que no fuera escoria en ese mundillo.

—¿Solo bailas? —Me di la vuelta y apoyé los codos sobre la tapa del piano. Mi voz no sonaba tensa o afectada, pero estaba dando caladas demasiado intensas al cigarro, y dándole vueltas entre los dedos— ... en La Ratonera.

Ella suspiró y se giró para mirarme directamente, abriendo las piernas y apoyando las manos sobre la banqueta del piano, entre sus muslos.

—No. Bailo y soy acompañante de algunos clientes. —Dio una calada. Me pareció que imponía una especie de distancia con sus gestos en ese momento—. Cuando viene gente importante, rusos sobre todo, Steve me pide que les coloque cierta mercancía. Normalmente acceden con más facilidad a probarla si se la ofrezco yo. Las demás muchachas son de otra pasta, no saben tratar con esa clase de gente. No son barriobajeros, son hombres con mucho dinero y poder. Además, ni Steve ni nadie sabe hablar un francés decente en La Ratonera. Y me refiero exclusivamente al idioma —sonrió a medias—. Mi trabajo consiste en pasar un rato con ellos en un reservado, ponerles al corriente sobre cómo están los negocios en la zona y darles conversación inteligente. Les ofrezco la mercancía y si les interesa, Steve se la vende y me da una comisión a mí. Son hombres peligrosos, pero también cultos y muy respetuosos. Ninguno se ha pasado nunca de la raya conmigo. Ni siquiera se acercan a la raya.

Se quedó mirándome con un gesto expectante. Aspiré otra calada, con fuerza. La ceniza cayó sobre el piano y la limpié de un manotazo, maldiciendo por lo bajo. Algo en todo aquello me estaba enervando. Las preguntas seguían desfilando, todas esas cosas que no me importaban una mierda: «¿Por qué se presta a eso?». Y luego venían otras que no me había hecho nunca.

—Entiendo. —La miré de reojo y aplasté el cigarrillo en el cenicero. Encendí otro tras sacarlo del paquete—. Así que la rata de Steve está codeándose con los lobos, y te utiliza a ti como gancho. ¿Y las demás chicas están bajo las mismas condiciones?

Aquello era peligroso, peligroso de verdad, y podía acabar salpicándome a mí, pero no me importaba. En esos momentos todo estaba girando alrededor del papel de Alexandra en aquel lugar. Y en esos contratos en los que nunca me había parado a pensar.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó con evidente curiosidad.

—Porque quiero saberlo —respondí con más sequedad de la que pretendía.

—Pues ve y le preguntas a él, si tanto te interesa —me soltó en el mismo tono que yo había empleado. Molesta.

La miré de reojo, resoplando.

—Quiero saber cómo está invirtiendo mi dinero. — Bien, ya era hora ¿no? Nunca me había importado, y ahora comenzaba a sentirme inquieto con aquello. Incómodo.

Ella levantó una ceja, sorprendida.

—¿Estás invirtiendo en La Ratonera? —preguntó con cierta confusión—. ¿Por qué? Steve es un imbécil y un chorizo. Y un cabrón. Bueno, no me has pedido mi opinión, pero si me la pidieras te diría que le exijas que te devuelva todo lo que te debe y después le denuncies. Él es demasiado cobarde como para hacer ciertas cosas muy turbias, pero permite que se hagan ahí a cambio de un pellizco de comisión, ¿sabes? —

Estaba hablando con calma, pero le brillaban los ojos con rabia contenida, y estaba apretando el cigarro entre los dedos—. Lo de la coca es una estupidez, pero he visto a niñas que no son mayores de edad desfilan delante de tíos que seguro que podrían ser sus abuelos. Y no, lamentablemente las demás chicas no están bajo las mismas condiciones que yo. O mejor dicho, no son tan capaces de presionar para obtener sus propias condiciones como yo.

Las drogas eran una cosa. Las bailarinas, las prostitutas, bien, cada cual se dedicaba a lo que podía en la vida. Tenía a Steve por un camello de poca monta y por un chulo, era exactamente lo que era, pero lo que estaba diciendo Alexandra le convertía en algo más despreciable y me revelaba a mí como un cómplice, el que había puesto el capital para que ese hijo de puta estuviera traficando con niñas en aquel local. Y en cuanto a las mujeres adultas, si era capaz de tener a Alexandra trabajando para él a pesar de su carácter y su aparente condición ¿cómo habría conseguido a las demás chicas?

—Tú estás aquí precisamente porque me tiene que

devolver mi jodido dinero. —Aplasté el cigarro en el cenicero, sin apenas haberle dado dos caladas. Me estaba costando tragar aquello. Me arrepentí de haberle preguntado y me aparté del piano para acercarme a la puerta del jardín. Los gatos salieron corriendo. Encendí otro cigarro—. No le creía con agallas para meterse en ciertas cosas... lo peor es que una alimaña como esa no va a poder manejar la mierda en la que se está metiendo, y en la que de rebote me está metiendo a mí. Hijo de puta.

Espeté el insulto entre los dientes. Me zumbaban los oídos y un sabor desagradable se había pegado a mi paladar. El efecto de aquel golpe era progresivo, no quería pensar en las niñas, no quería pensar en esos clientes eligiéndolas, pero lo estaba haciendo y todo lo que eso implicaba no me dejaba en una posición mejor que la de Steve.

Intuía la mirada de Alexandra sobre mí, y eso me hizo sentir aún más incómodo.

—Pues no. Antes o después se irá a la mierda todo, y el derrumbamiento le arrastrará. Algún día

aparecerá muerto en el callejón de atrás, o en su cama, o en el río. Y a saber qué pasa con las chicas y con todo lo demás. ¿Quieres saber detalles o es suficiente para ti? —Alexandra escupía las palabras con una calma venenosa. Deseé que se callara—. Puedo darte muchos detalles. He visto muchas cosas que preferiría no haber visto, pero quizá merezcas saberlas. Al fin y al cabo has estado poniendo pasta para que eso se mantenga, ¿no es así? ¿Para qué? ¿Te hacía sentir muy importante estar manteniendo un club de *striptease*? ¿Te hacía sentir poderoso, dominante, con los cojones más grandes? ¿Te hacía sentir canalla y rebelde?

Escuché el crujir de la banqueta cuando se levantó. Chasqueó la lengua y vi por el rabillo del ojo que se daba la vuelta para irse.

—Todos sois iguales.

Aquellas tres palabras cayeron con todo su peso sobre mí. Igual que Steve, igual que... que tantos otros. La sangre me ardió en las venas, ya no me dejó pensar más, que se volviera para irse fue como el

latigazo que me hizo estallar.

Me acerqué de tres zancadas a ella, tirando el cigarro al suelo sin ningún cuidado, y la agarré del brazo para darle la vuelta con brusquedad. Estaba tenso como una cuerda a punto de romperse.

—Yo no tengo nada que ver con eso ¿entiendes? No he puesto mi maldito dinero para que... —apreté los dientes, y también los dedos en su brazo—. No lo he puesto para eso.

Ella se sacudió para liberarse de mi agarre, empujándome con una mano firme.

—¿Para qué lo has puesto entonces? No te equivoques. Yo no estoy aquí por culpa de gente como él. Estoy aquí por culpa de gente como tú. Steve solo es un gilipollas. Vosotros, los que os quedáis en vuestras casas «invirtiendo» no tenéis ni idea de la clase de bestia que alimentáis. Ni idea. —La había vuelto a agarrar sin darme cuenta. Me miró con un gesto grave, implacable—. Si no lo sabías, ahora que lo sabes puedes hacer algo al respecto o simplemente

dejar el asunto a un lado.

Se quedó esperando una respuesta que no tenía.

Financiar un local de *striptease* no era nada en comparación a otras cosas que había hecho, y cuyas consecuencias no quería asomarme a contemplar. Aquello era como jugar a la ruleta rusa, como perseguir el momento en que una bala estallase y me volase los sesos. La emoción, el poder, alimentar a un monstruo que podía volverse contra mí en cualquier momento... pero también contra tantos otros. *Niños, Crowley*. Nada me habría golpeado con tanta fuerza como aquello.

Todos sois iguales.

No podía contestarle sin dejar expuestas lo que de pronto se revelaron ante mí como debilidades. ¿Qué estaba buscando con aquello? La única bala del tambor. Y esta se había disparado, esta había acertado en un blanco inocente. En el más inocente.

—Nada de eso te incumbe —espeté, tensándome

y tirando de ella hacia mí. Quería gritarle las respuestas, mentiras y negaciones, como si ella tuviera la culpa de algo—. No me des lecciones, tú también estás participando de ello ¿o es que no aceptas su dinero?

—No seas estúpido —espetó sin perder la calma, entrecerrando los ojos, amenazadora y despreciativa—. Aceptar su dinero no me convierte en cómplice, sino en superviviente. No voy a ser una puta ni una víctima, eso lo tengo muy claro. He elegido sobrevivir. Así que no me escupas a mí tus mierdas. Si te sientes mal con esto haz algo al respecto. ¿Vas a responderme, o no? ¿Vas a dejar que las cosas sigan así, o vas a tomar cartas en el asunto?

Tragó saliva y me miró, de pronto vacilante. No había miedo en ella, solo estaba esperando.

—Porque yo no puedo. Pero tú sí, Crowley —siguió—. Tú puedes llegar hasta donde haga falta.

Me seguía mirando a los ojos, sin huir, expectante. Seguía esperando una respuesta. Estaba esperando

algo de mí. Que reaccionase, que dejara de ser una rata. Me sentí escoria de la misma calaña que todos esos hijos de puta y el triunfo que había sentido la noche anterior al llevarme a Alexandra de aquel tugurio y de sus garras se convirtió en algo amargo y estéril.

No era por salvarla de nada, era por perpetuar aquello, era un ridículo juego de poder y orgullo. Que pudiera verme así tal vez era lo peor de todo. Nunca me había importado lo que pensara nadie sobre mí o sobre la manera en la que la vivía, pero aquello me avergonzaba. No era nada a lo que estuviera acostumbrado, y de pronto estallé.

La rabia me anegó, la aparté de mí como si su tacto quemase y le di la espalda. Sus ojos ardían aún tras mis párpados, ella seguía esperando. Rugí y caminé hacia la vidriera, dejé escapar la frustración, un golpe que en realidad quería dirigir a mí mismo y que hizo estallar el cristal de la puerta. La sangre salpicó sobre el suelo cuando retrocedí... ni siquiera sentí el dolor de los cristales clavados en mi puño y en el antebrazo, solo el calor me abrasaba por dentro y

aunque quería gritar de nuevo apreté los dientes y me agarré del marco de la puerta, tragándome mi propia VOZ.

El suelo se volvía blando, el mundo perdía nitidez y aunque me costaba respirar me esforcé por empujar el aire a mis pulmones.

—No lo dejaré así... —respondí al fin. Comencé a notar los fragmentos rotos en la palma de la mano, y eso calmó mis nervios, me ayudó a serenarme—. No soy una maldita rata. Yo destrozo a las ratas, Alexandra. No soy una de ellas.

Tenía que convencerme. Tenía que hacerlo. No quería ser como *ellos*. Y lo había estado siendo.

*

Vi el fuego arder en sus ojos. Había sentido la tensión, muy distinta a la que hubo entre nosotros al principio. Esta era solo suya, algo oscuro y venenoso que le estaba corroyendo desde dentro. Cuando le escuché gritar y vi los cristales quebrándose, se me

bajó la sangre a los pies y me quedé congelada en el sitio.

¿Qué maldita cuerda había tocado todo aquello para desencadenar semejante reacción?

Ya tendría tiempo para averiguarlo. En ese momento lo que acaparaba mi atención era otra cosa: sus palabras.

Caminé con paso decidido hacia él y me quedé a su lado. Le miré mientras acercaba los dedos a su mano. Le solté los suyos de la madera acristalada y me incliné para lamer la sangre de la palma, acariciando la piel de la muñeca con el pulgar.

—Sé que no eres una rata desde que te vi en el garaje. Lo intuía. No creo que lo seas. Igual que yo no soy una puta, ni una víctima... igual que tú no crees que lo sea. Nosotros no tenemos nada que ver con todo eso. Somos otra cosa. Somos... parecidos.

Levante el rostro y le miré, apretando los dientes para no hablar más de la cuenta. Me sentía como si

tuviera una tormenta dentro, sacudiéndome. Eufórica. Extraña. Y no podía apartar los ojos de él, no quería... no...

Le agarré del pelo y le besé con furia, estrechando la mano contra su palma herida, manchándome los dedos con su sangre igual que me había manchado los labios. No me daba miedo que hubiera destrozado los cristales, ni que la noche anterior me hubiera follado como un animal. No me daba miedo su dinero, su poder ni su violencia. Lo único que me daba miedo, lo único que me provocaba una alarma irracional era lo que él pudiera pensar si descubriría cuánto me gustaba. Y besarle así no era una buena idea... pero no pude evitarlo.

...

No soy una puta. Ni una víctima. Somos otra cosa. Somos parecidos.

Ella tenía los labios manchados de mi sangre. La misma mirada que me había golpeado antes, quebrándome como yo acababa de quebrar ese cristal,

tiraba de mí otra vez. Su tacto volvía consistente la realidad y solidificaba el suelo bajo mis pies. El hechizo, ese que revelaba la verdad, el que hacía a los hombres arrodillarse ante ella, ese hechizo estaba ahí, y me desnudaba. Me reconocía... y supe que estaba ante un igual.

No soy una víctima... tan siquiera de mí mismo. No estaba dispuesto a convertirme en lo que había odiado toda mi vida. No era una víctima. Nadie iba a convertirme en ello. *Nadie.*

Aquel beso que me arrollaba prendió toda la ira en mi interior. La rebeldía, la rabia. No quería volcarla en ella, pero mientras la besaba se convertía en otra cosa. Ella conocía ese fuego, porque lo tenía dentro, yo no podía quemarla, no podía consumirla, y la abracé con él. Hundí la otra mano en sus cabellos, saboreé mi propia sangre en su boca y el mundo se tiñó de rojo. La besé con su misma furia, la empujé contra el piano y la agarré por los muslos, soltándola con la mano ensangrentada, manchándole su preciosa bata, dibujando en su piel las huellas de mis dedos mientras le arrancaba la prenda sin dejar de besarla.

Quería marcarla, quería morder esos labios hasta probar su sangre, hasta reconocerla una y otra vez, quería devorarla, respirarla, arder con ella en ese fuego que nos consumía a los dos, hasta que no quedasen más que cenizas.

*

Yo no era precisamente una sífide, pero Crowley me levantó sin esfuerzo. Tenía las manos fuertes y nudosas, supuse que de años de tocar la guitarra y el piano. Estaba mordiendo su boca, asediándole con un beso salvaje, y él respondía con rabia, liberando toda aquella tensión oscura que le había estado devastando segundos antes y convirtiéndola en deseo. Era mejor así. Ese mismo fuego me nublaba la mente, y me arrojé a él sin pensar en las consecuencias. A la mierda. Nunca había sentido llamas tan salvajes, no pensaba quedarme detrás de un cristal, mirándolas de lejos o tocándolas con los guantes puestos mientras me repetía que podría quemarme. Al final, todos nos quemamos. Es absurdo ir contra la corriente. Me lancé hacia ella dispuesta a cabalgarla como mejor sabía, agarrándole de las raíces del pelo con ambas manos

mientras le metía la lengua hasta la garganta.

La bata de encaje se rasgó y pronto desapareció. Me empujó contra el piano y me sentó sobre él, tirando de mi sujetador con tanta fuerza que los cierres saltaron. Me lo arrancó, y sentí las gotas cálidas de su sangre resbalar por mi espalda.

Tenía la piel ardiendo, pero sus manos estaban aún más calientes que mi cuerpo. Tiré de su camiseta hacia arriba y le arañé en la espalda con saña, solo por gusto. La sangre me mojó las yemas de los dedos. Aquello pareció encenderle aún más, comenzó a besarme con más rabia, desvelando una necesidad violenta. Por eso cuando empezó a dolerme la boca a causa de la fuerza de sus besos y de los míos, aún seguí arañándole y mordiéndole.

Se apartó de mis labios, respirando como un ahogado, y me miró a los ojos sin miedo. Parecía reconocerse en mí. Éramos dos animales de la misma especie mirándonos de frente, ahora entendía que podía entregarme tranquilamente al sexo con él. Al menos siempre que los sentimientos estuvieran bien

asegurados, ocultos y a salvo en otra parte.

De pronto tiró de mí, sujetándome por los cabellos y obligándome a exponer el cuello, sentí sus dientes hundirse en mi carne, y luego su lengua resbalando hacia mis clavículas. Me agarró un pecho con la mano ensangrentada, mordió y succionó, lo estrechó contra su rostro y se hundió entre mis pechos, mordiéndome como si pretendiera devorarme ahí mismo. Se me erizaron los pezones.

No dejaba de tirar de mí e imponerse, aunque yo había quedado sentada algo por encima de él. Todos sus movimientos eran bruscos y salvajes, me clavaba los dedos en la piel, sus labios me horadaban y los dientes me mordían sin contemplaciones. Aquella fuerza, ese ímpetu de naturaleza viva me hizo temblar de satisfacción. Calambres de placer se despertaron en mi vientre, extendiéndose por todo mi cuerpo en fuertes latigazos mientras resollaba y soltaba secos quejidos cuando me hacía daño. El calor de su boca sobre mi pecho me provocó un gemido tan abandonado que me avergoncé de mí misma; eché la cabeza hacia atrás y me mordí el labio, arqueando la espalda para

empujar los senos hacia él, ofreciéndome y tirándole del pelo para acercarle más a mi cuerpo.

—Eres un cabrón —le dije sin motivo alguno, en un susurro excitado y lascivo—. Ayer me pillaste con la guardia baja, pero hoy no te va a ser tan fácil contentarme.

Estaba desafiando su autoridad con toda intención, imponiéndome como si yo fuera la dueña de aquella situación para que él reaccionara. Quería que volviera a tirarme del pelo. Quería que me hundiera los dedos en el coño y me obligara a estar quieta, que me diera azotes y una buena bofetada. Quería que me llamara puta. Nunca había encontrado a ningún hombre con quien pudiera desear esas cosas con libertad, porque todos eran unas babosas. Pero con Crowley aquellos deseos ardían en mí con absoluta naturalidad, y sentirlos, solo sentirlos, me excitaba de una manera que nunca habría imaginado.

La barba de tres días de Crowley me raspaba la piel, sus manos eran duras y ásperas y su cuerpo ardía, vibraba de fuerza y energía. Abrí una mano en su

espalda para beberme aquella potencia viril, sentirla cosquillear en mi palma. No, no era como los demás. Esa era la mayor mentira que había dicho aquella mañana.

*

La mordí con más fuerza al escucharla hablar, tiré con renovado ímpetu de sus cabellos para que arquease la espalda y se expusiera a mí. La escuché aguantar un grito y resollar, me clavó las uñas con más fuerza.

Estaba duro otra vez, tan excitado que apenas distinguía el dolor del placer. Le había dejado las marcas de mis dientes en el pecho y me erguí para mirarla a los ojos, con los dientes apretados, respirando con fuerza.

—¡Cabrón! —exclamó—. Eres un...

Le arranqué las bragas sin soltarle el pelo, mirándola a los ojos, y le abrí las piernas de un tirón brusco, empujándola contra mi cuerpo. No la dejé

acabar la frase, solté sus cabellos y deslicé los dedos por el cuello pálido, arañé y los cerré sobre él, rodeándolo y presionando lo justo para mantenerla quieta mientras empujaba los dedos ensangrentados de mi otra mano entre sus labios. Ella enredó la lengua en ellos, entrecerrando los ojos y mirándome con expresión desafiante aun así. Los impregné de su propia saliva, la obligué a lamer la sangre y luego la empujé hacia atrás al sacarlos, bajando la mano y colándosela entre los muslos para hundir los dedos húmedos de sangre y saliva entre los labios de su coño. Estaba mojada, la irrupción violenta no encontró dificultad alguna. Deslicé los dedos en el interior de su vagina y los engarfié, la inmovilicé para besarla, tirando de su cuello, apretando un poco más. Temblando con una tensión que aunque estaba conteniendo, brotaba de mí como una oleada de excitación.

—Si fuera fácil no tendría ninguna intención de hacerlo... princesa. —Gruñí entre sus labios y comencé a mover los dedos en su interior, arrancándole otro grito.

—Hijo de puta —me susurró, como si fueran

palabras de amor, entre los besos y los mordiscos con los que atrapaba mi boca. Aquello sonaba dulce en mis oídos.

Quería que me anegase con su voz, y quería que me pidiera más, quería que me suplicase porque la devorase... y a tenor por la manera en la que la carne mojada y caliente de su vagina se cerró alrededor de mis dedos y su cuerpo se tensó, lo estaba deseando. Me clavó un tacón en el trasero al empujarme hacia ella con más ímpetu.

Nadie me había llevado a ese estado. La falsa rendición, la complacencia de mis amantes hasta ese momento no tenía nada que ver con aquello, el sexo siempre había sido un juego que apenas me otorgaba unos instantes de satisfacción, que siempre me dejaba con hambre, insatisfecho. Hasta ese momento solo había sido pura autocomplacencia, decadente, el orgullo banal por una dominación irreal.

Ella estaba a mi altura, y había invocado esa tormenta de fuego que nos estaba devastando. Ella me liberaba y lo hacía sin miedo.

Y yo iba a arder si no me la follaba ya.

No. Ya estaba ardiendo, y era capaz de mantener las llamas altas y quemarme en ellas. Me había prendido como la gasolina sobre el agua y me descubrí capaz de dirigir las llamas, pletórico y reinando sobre el descontrol. El dolor de la contención era enloquecedor, y también delicioso. Era capaz de soportarlo hasta romperme, podía verterlo en ella lentamente hasta estallar, y ella querría que estallase. Haría que lo desease, haría que me suplicase que soltara las riendas.

Moví los dedos en su interior, besándola, sin defenderme de sus dentelladas, atacándola al hundirme en su boca, abriéndole la mandíbula y metiéndole la lengua hasta la garganta. Podríamos habernos ahogado en esos besos. El ritmo con el que mis dedos resbalaban en el interior de su vagina se intensificó, la carne suave y mojada latía y pulsaba cada vez que hundía las yemas, presionando con fuerza medida en las paredes rugosas y vivas, en los puntos exactos, respondiendo a sus exigencias. El orgullo en sus insultos hizo que la excitación latiera con más fuerza

en mi miembro hinchado, atrapado en el interior de los pantalones de cuero.

—Eso está mucho mejor...—murmuré sobre sus labios, con un suave ronroneo—. Déjame ver a la furcia que llevas dentro.

—Cómo te atreves... —espetó entre jadeos.

No resultaba nada convincente. Tenía los ojos entrecerrados, estaba sofocada a causa de la excitación, y respiraba por la boca en desesperados jadeos cuando mis besos la dejaban. Incluso respondía con los suyos, devorando mi lengua, succionándola y reclamándome sin pudor. Se movía contra mi mano, su coño no dejaba de contraerse de placer con las rudas caricias que le propinaba, tan bruscas como precisas, y estaba tan mojada que la humedad le corría por los muslos.

Y aun así seguía insultándome.

La bajé del piano de un tirón, sin dejar de besarla. Devoré sus insultos, los respiré con una aspiración

intensa al apartarme para tomar aire, me bebí su aliento y aplasté la nariz en su cuello para esnifar su perfume. Era una puta droga. Era la mejor droga que había probado en mi maldita vida, me arrebatava el control y me lo devolvía, una y otra vez. Aplasté el rostro contra su cuello, hundí la nariz en los cabellos oscuros mientras incrementaba el ritmo de las caricias en su interior, le tiré del pelo al enredar los dedos en él. Ella aún tenía las manos hundidas en mis cabellos, me apretaba contra su cuerpo y se arqueaba. Se soltó e intentó acercar las manos a mi paquete.

Su olor me inundó, oscuro y misterioso, me puso más cachondo si cabía.

Le di la vuelta de repente, sacando los dedos de su interior, sin soltarle los cabellos. La manejé como a una muñeca, casi sin inmutarme, sin cambiar la expresión entre la rabia y la malicia. Volvía a ser un demonio, ella había vuelto a llamarme desde las profundidades, y como los demonios, yo ansiaba poseerla, yo quería su carne. Quería consumirla. Pero quería que se entregase.

La empujé hacia adelante, obligándola a ladear el rostro mientras me llevaba los dedos mojados a la boca. Los lamí con impudicia, saboreé su esencia impregnada en mi piel, mezclada con mi propia sangre. Luego le solté el pelo, le agarré las muñecas y coloqué sus manos sobre la tapa del piano. Tanteé sobre la mesa auxiliar y me hice con lo primero que pillé para atar sus muñecas: era una cuerda de guitarra, aún enrollada. La estiré, echado sobre ella como un animal, inmovilizándola con mi cuerpo mientras ella no dejaba de moverse, de forcejear y de insultarme. A veces uno de sus tacones me golpeaba en las espinillas. Escoria, hijo de puta, cabrón, me repetía. Con cada insulto un latigazo de excitación hacía latir mi polla. Enredé la cuerda entre sus muñecas y la até con un nudo firme. El hilo de acero se clavó en su carne. Luego le separé las piernas y aún a riesgo de recibir una coza de los magníficos tacones de aguja agarré sus nalgas con ambas manos, cerrándolas con un golpe que estalló sobre la piel con un sonido chasqueante. Las separé, apretándolas con fuerza y firmeza al inclinarme.

Ella intentaba golpearme, agitándose sobre la tapa del piano, pero resbaló y tuvo que quedarse quieta bajo

mi presa.

—Ahora estate quieta —espeté con la voz ronca por el deseo, y me incliné para deslizar la lengua entre las tersas nalgas, dejando resbalar la saliva hacia su piel mientras mantenía las manos bien cerradas en su carne.

—Suéltame, cabrón. ¡Suéltame! —gritó con furia, y sin embargo su cuerpo se estremeció. Bajó la cabeza y pegó la mejilla contra el piano mientras la lamía. Tenía el ceño fruncido y los ojos muy abiertos—. Hijo de puta —murmuró, por si yo creía que estaba dejándose hacer.

Sonreí con malicia.

Deslicé la punta de la lengua entre sus nalgas otra vez, hundiendo el rostro entre ellas mientras la impregnaba de saliva. Le estaba clavando los dedos en la carne con firmeza, la tenía totalmente abierta ante mí, dispuesta, como una presa sangrando ante un depredador. El líquido almizclado y transparente mojaba por completo su sexo, tenía los labios

hinchados y enrojecidos y el perfume hormonal que desprendía me estaba llevando al extremo. Me tensé, la miré un instante desde mi posición, apenas apartándome y hundí la lengua entre los pliegues calientes. Resbalé en su interior, me apreté contra su trasero y la abrí con más rudeza, ladeando el rostro para llegar más lejos con la lengua. Rocé la carne endurecida del clítoris con la punta y volví a hundirla en su vagina, lamiendo su humedad como si fuera el jugo apetecible de una fruta madura... o la sangre en una herida. Succioné antes de apartarme, respirando contenidamente, tenso como las cuerdas con las que había atado sus muñecas.

—Suéltame ¿qué? —pregunté con la voz contenida, y deslicé las manos para acercar los pulgares a los labios de su coño, hundiéndolos despacio.

Saqué la lengua de nuevo y le recorrí una de las nalgas, antes de cerrar los dientes en la carne turgente.

Con fuerza.

El muy cabrón me estaba mordiendo el culo. Di un respingo y ahogué un grito, apretando los dientes y siseando.

Debíamos estar mal de la cabeza. Hacía menos de cinco minutos Crowley estaba rabiando de odio hacia sí mismo, y yo llena de ira. Ahora ni siquiera recordaba qué había sido lo que me había preguntado, ni recordaba por qué sangraba su mano.

—¡Suéltame, cabrón! —grité.

Las piernas me temblaban, me costaba mantener el equilibrio porque tenía la sensación de que me derretía cada vez que me tocaba su lengua. Sus dedos no eran suficiente, ni tampoco su boca. Y no porque el maldito no supiera bien lo que hacía, pero necesitaba tenerle dentro, lo necesitaba tanto como el aire.

—Error.

—Ni se te... ocurra... —jadeé, mientras sus

dientes se hundían en mi carne—. ¿Qué crees que... estás haciendo?

En realidad quería decir: «¿Qué crees que estás haciendo? ¡Fóllame de una vez!», pero eso último no pensaba soltarlo, aunque el hambre me doliera como si me estuvieran acuchillando por dentro.

No sé qué tenía Crowley que despertaba en mí los secretos que siempre había guardado en mi más absoluta intimidad, arrancaba mis fantasías y las convertía en realidad de una forma tan devastadora e intensa que me hacía perder el control.

De pronto soltó una mano de mi trasero y me golpeó el muslo con la palma abierta, provocando de nuevo el sonido chasqueante y violento de una bofetada. Cerró de nuevo las manos en mi trasero y de pronto me enterró los pulgares en el coño. Se me escapó otro grito mientras las rodillas se me aflojaban sin que pudiera hacer nada.

Maldito fuera.

Solté una patada hacia atrás, intentando darle en alguna parte, donde fuera, mientras me retorció de placer y de frustración.

—Suéltame... ¿y qué más? —volvió a preguntar.

—¡Que te jodan! —exclamé, furiosa.

Se inclinó entre mis piernas, aún me mantenía inmovilizada contra el piano, y atrapó la carne pulsante de mi sexo con la boca, deslizando los dientes sobre el clítoris, mordiéndolo con suavidad para soltarlo y volver a lamer, con glotonería y desvergüenza. Succionó y empujó más los dedos en mi interior, sacándolos despacio después.

El calor de su boca sobre mi coño era una tortura insoportable; si seguía así me iba a correr irremediadamente, y aunque no me parecía mal, lo que yo quería era su polla. Maldito bastardo. ¿Es que quería hacerme suplicar? Pues lo llevaba crudo.

—¿Es que eres un eunuco o qué? ¿Te piensas pasar así toda la noche? —exclamé después,

intentando sonar molesta. Y lo conseguí, en cierto modo, aunque los jadeos y la respiración acelerada me lo ponían difícil.

Empujé hacia atrás para que me metiera más los dedos, buscándole, yendo hacia sus labios y sus manos. Intenté erguirme y desatarme las muñecas, darme la vuelta, pero apenas fui capaz de elevarme sobre los codos y cuando traté de alzar el tronco, una nueva arremetida de su boca, sus dedos y su lengua me arrancó otro gemido abandonado y me derrumbé sobre el piano, rendida a la pericia del cabrón de Crowley Hex.

El muy hijo de puta se estaba empeñando. Cuando se apartó, repentinamente, tenía los ojos brillantes y los dientes apretados, la barba mojada de saliva y de mi humedad. Se relamió, se puso en pie y sacó los dedos de mi interior. Abrió las manos y me golpeó las nalgas con ambas palmas, agarrándome para fijarme contra él y embestir aún con los pantalones puestos. Me obligó a arquearme, tirando de mi pelo.

Entonces escuché el sonido de la cremallera, le

escuché jadear de alivio casi en mi oído al arquearse sobre mi cuerpo, aplastándome más contra el piano al empujarme con sus caderas. Noté su polla entre las nalgas, cómo la aplastaba contra mi trasero y la deslizaba hasta rozarme el coño con la punta, sin llegar a entrar.

El maldito hijo de puta.

Clavé las uñas en el piano, cerré los dientes y los ojos con fuerza, echándome hacia atrás para ir al encuentro de aquel calor duro que me tentaba.

Maldito hijo de puta.

—Pídelo —murmuró, apretando la mejilla contra la mía. Me mordió el lóbulo de la oreja—. Pídemelo. No eres una princesa, eres una furcia... dime... ¿qué es lo que quieres?

El roce de su polla me estaba volviendo loca, y ya no pude más.

—¡Fóllame de una vez, puto marica! —grite,

desesperada.

Eso no era exactamente lo que él quería, pero acababa de llamarme furcia, y no me importaba en absoluto ser su puta. Comprender aquello me hizo volver a escurrirme sobre los tacones. Le lancé una mirada asesina por encima del hombro. Al atisbarle ahí detrás, con su cara de psicópata pervertido, el torso al aire y esa mirada penetrante, me dije que si no me follaba de inmediato iba a mandar a la mierda aquel maldito juego, darle dos patadas de *kung fu* y follármelo yo a él en el mismo suelo de su puto estudio.

*

Eso era exactamente lo que quería, que gritase, que me lo pidiera. Sus insultos sonaban a gloria en mis oídos, sus gritos a música celestial. El mundo había quedado en otro plano, todo lo que había desencadenado aquella escena se había diluido en un mar de fuego, y en ese reino solo reinaba yo, tenía las riendas... y por fin pude abandonarme.

Lamí su cuello, tiré de sus cabellos y la aparté del

piano. Me separé de su cuerpo apenas unos instantes, lo preciso para darle la vuelta y agarrarla por los muslos. Ella me clavó las uñas en la espalda, ansiosa, mientras levantaba una pierna sobre mi hombro y me rodeaba la cintura con la otra. Me enseñaba los dientes cada vez que nos separábamos para respirar. Comencé a moverme para penetrarla, manteniéndola pegada a mi cuerpo y aplastada contra el piano. Mi voz se ahogó en su boca cuando la besé salvajemente, intentando acallar el gemido lúbrico que brotó de mi garganta. Ella se arqueó hacia atrás, gimiendo, y pegó las caderas a mi cuerpo en respuesta a los movimientos, desesperada y agónica.

Era imposible... el reto ahora iba a ser no correrme... Tuve que quedarme quieto un instante y aguantar, tirar de mí lo justo para mantener, al menos, ese mínimo control.

—Más —me exigió entonces, autoritaria. Me clavó otra vez el tacón en el trasero, mordiéndose el labio y jadeando—. Más fuerte. No pares.

No iba a parar. Obedecí sin planteármelo, era lo

que deseaba, que ardiese y arder con ella. Cuando intenté hablarle, mi voz se convirtió en un jadeo ronco, la estaba apretando con fuerza en cada embestida, temblando de tensión mientras me movía para hundirme en su interior. El sudor había despertado, los dos estábamos mojados, y entre los muslos de ella resbalaba la humedad fragante. La habitación olía a sexo, pero sobre todo a ella.

No hubo más raciocinio... la penetré con rudeza, una y otra vez, cada vez más rápido mientras ella venía a mi encuentro en cada embestida. Cuando ya no pude aguantar más de pie, sintiendo que el placer me mareaba, la agarré con fuerza y me dejé caer al suelo con ella, sin salir de su interior, tumbándola sobre la alfombra y los restos de los cristales de la vidriera.

Le agarré las muñecas, aún anudadas con la cuerda de la guitarra, y las inmovilicé sobre su cabeza, contra la alfombra. Seguí embistiendo. La melena húmeda se precipitó hacia ella, las gotas de sudor cayeron sobre sus pechos, que saltaban al compás frenético de mis movimientos. No iba a poder aguantar mucho más, la volví a besar con el mismo salvajismo, y

luego fijé la mirada en ella mientras volvía más ondulantes las penetraciones. Estaba a punto de estallar, y en ese momento parecía más un demonio que un animal.

—Vamos... ¡vamos! —la azucé.

Ella sonrió como la zorra que yo había querido que fuera para mí. Me miró con absoluta malicia.

—¿Ahora tienes prisa? —espetó entre los jadeos. Y esta vez fue ella quien me desafió a mí—. Pídemelo.

Resoplé como un animal. Sacudí la cabeza, intenté centrarme y tomar el control, pero ya no había vuelta atrás. El calor estaba elevándose, lo sentía acumularse en mi vientre, y la tensión iba a reventar. Apreté los dientes y volví a mirarla.

—No... —espeté, con la voz ahogada, ronco. Y por si no le quedó claro, le solté un bofetón al tiempo que me hundía con más fuerza en su interior en una estocada profunda. Me retiré, cerré la mano en su cuello. Otra embestida, presioné y me arqueé.

No pude maldecir cuando la oleada se alzó sobre mí y me engulló, las palabras se deshicieron entre mis labios y dejé escapar un rugido cuando estallé.

Ella empezó a gritar. Me arañó la espalda y me mordió en los hombros, insultándome y pateándome con los tacones mientras yo seguía embistiendo en su interior, azotado por un orgasmo más intenso y devastador que el de la noche anterior. Se arqueó mientras me corría en su interior, intenso e impetuoso. Me agarró una mano y se la puso sobre un pecho, tirándome del pelo después, exigente.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí! ¡Sí!

La vista se me llenó de puntos rojos enloquecidos, cerré los ojos con fuerza, respirando en resuellos desesperados entre los gemidos roncós que apenas era capaz de exhalar. Cerré los dedos en su pecho, apretándole aún el cuello con la otra mano mientras me movía, ya perdido el ritmo, transido y en medio de un éxtasis que amenazaba con quitarme el sentido. El calor se había desatado en el interior de Alexandra, ella misma ardía y tenía la sensación de que nuestra

piel se fundía, de que caíamos en la lava que instantes atrás había recorrido mis venas y ahora por fin se liberaba.

Cerré ambas manos en sus cabellos, la miré a los ojos mientras se retorció bajo mi cuerpo, parpadeando con fuerza. Parecía una especie de pitonisa en trance, con el pelo extendido sobre la alfombra como una anémona. Volví a besarla. Ahora era un beso desmadejado en el que morían los gemidos mientras me aferraba a ella como si fuéramos a caer en algún imaginario abismo. Me arqueé, estremecido, y cuando dejé de moverme me quedé enterrado en su interior cálido, resollando en su cuello al romper el beso al borde ya de la asfixia.

Me costó volver a la realidad. Estaba mareado. Había acabado apoyando las manos sobre la alfombra, la frente en su cuello mientras recuperaba la respiración y la consciencia. Aún me estremecía de vez en cuando ante su menor movimiento.

Volví a sentirme embriagado, como después de un buen viaje.

Besé su cuello y una de sus clavículas cuando comenzó a moverse, después de permanecer unos instantes en ese espacio en blanco, enredados. Me incorporé a medias. Ella estaba intentando encontrar algo sobre la alfombra, pero tenía las manos atadas. Cogí uno de los cristales y corté la atadura. Me quedé mirando un instante mi mano y mi antebrazo heridos, la sangre se había coagulado, pero aún había fragmentos clavados... había tenido suerte de no cercenarme ningún tendón, ni ninguna vena. Los dos estábamos manchados de mi sangre... o eso creía, no recordaba haberla herido a ella.

Tras liberarla me aparté, salí de su cuerpo y una extraña sensación de vacío se me abrió en el estómago, como un roce frío que duró un instante y dejó un poso de inquietud. Me levanté subiéndome los pantalones y miré alrededor. El sol entraba a raudales por las puertas, una de ellas solo era un marco de madera labrada, en el suelo los cristales devolvían reflejos brillantes... pero nada de eso tenía demasiada importancia en ese momento.

La miré a ella, intentando cerciorarme de que

estaba bien.

*

Cuando todo pasó, tenía la sensación de estar en un barco en alta mar. Era como si acabáramos de ser arrollados por una tormenta. Ya solo quedábamos nosotros, agotados, despojados de todo. Cuando él me miró a los ojos, por un instante temí que pudiera leer en ellos mis secretos, así que los cerré con fuerza. Con la misma fuerza con la que ahora me agarraba a él, hasta que ese propio gesto empezó a avergonzarme y supe que mantenerlo más me haría daño a mí misma. Le solté y dejé caer brazos y piernas al suelo, respirando con dificultad. Luego intenté buscar el tabaco y el mechero, a tientas, y él me liberó con uno de los cristales.

Estuve tentada de felicitarle por el buen trabajo, pero preferí dejarlo correr. Me sentía, igual que en la ocasión anterior, un poco incómoda. Nunca había tenido relaciones como aquellas y si bien durante el sexo me dejaba llevar sin problemas, después siempre imponía una distancia, un muro infranqueable que tal

vez era injusto para Crowley, pero que era mi única protección real.

Aun así, no le eché ni fui brusca con él. Ni siquiera le pedí que saliera de mí, esperé a que él se apartara y cuando se levantó cerré las piernas y recogí la bata del suelo para cubrirme con más dignidad que pudor. Me miró y le sonreí a medias, tranquila y satisfecha, con cierto aire juguetón. Uní las rodillas y luego incliné ambas piernas hacia un lado para ponerme en pie con un paso de baile, cerrándome la bata y comportándome con recato.

Me sentía bien, energizada y tonificada por el sexo, vivificada. Tuve cuidado de no pisar ningún cristal y me subí al taburete del piano, recogiendo las piernas sobre este y tomando el Zippo y el tabaco.

—¿Tienes vendas y desinfectante? —le pregunté con voz suave y algo aletargada. Me encendí el cigarro y solté el humo con un suspiro de placer—. Déjame arreglarte eso. Me siento un poco responsable.

Estaba mirando su mano, en parte para no mirarle

a la cara. Sus ojos tenían algo diferente, algo que me gustaba demasiado y a lo que no quería exponerme a ser posible. Ese juego era peligroso. Crowley era peligroso. No me costaría nada dejarme llevar del todo, cometer una estupidez, comprometer sentimientos... y entonces... entonces estaría bien jodida.

Él asintió y apartó la mirada de mí con cierta incomodidad. Tal vez se había olvidado de lo ocurrido y acababa de recordárselo. Se acercó y cogió un cigarro, se lo encendió con el Zippo mientras se apoyaba en el piano, parecía algo mareado.

—Pues no te sientas así. No lo eres en absoluto — respondió después de dar una calada y soltarla entre los dientes.

Luego se apartó y desapareció por la puerta con el cigarro colgando entre los labios. Al cabo de unos instantes volvió y se sentó en el sofá. Dejó las cosas sobre la mesilla auxiliar, y comenzó a revisarse las heridas mientras abría un paquete de algodón con los dientes. Yo no dejaba de mirarle de reojo. Estaba examinando su anatomía: tenía la espalda ancha y los

brazos fuertes, el trasero tan apretado como recordaba al golpearlo con el pie, y las piernas largas y fibrosas, de músculos marcados. Nada de patas de alambre, algo bastante habitual en los tíos que se concentraban en trabajar en el gimnasio y se olvidaban de las piernas. El pelo largo estaba cuidado, pero sin mariconadas, ahora lo tenía húmedo y revuelto. Sus manos eran rudas y viriles. Se movía con esos gestos entre contenidos y elásticos de los felinos salvajes.

Con la media sonrisa en los labios, cogí mis bragas y el sujetador del suelo, me di la vuelta para ponerme la ropa interior y cogí el cenicero. Me senté a su lado en el sofá y le quité el algodón con un ademán servicial y tranquilo. Me miró de reojo, con el cigarro en la boca.

—¿Por qué te pusiste Crowley? —le pregunté, tomando su mano y las pinzas para sacarle los restos de cristal—. Hay un brujo que se llamaba así, imagino que lo sabes. ¿Es por él?

Apenas había tres o cuatro cristales ahí. Por suerte, no habría que darle puntos. Cuando comencé a

sacarlos, se tensó un poco.

—Aleister Crowley, sí. Siglo diecinueve, ocultista, inglés. —Se lamió los labios y apartó la mirada para dejar caer la ceniza del cigarro en el cenicero—. Era un brujo... pero también un poeta, escritor... artista... hizo lo que le dio la real gana toda su vida.

—Ya veo. Esas cosas inspiran.

Le quité los cristales uno a uno. No era torpe y sabía lo que hacía. Había tenido que curar muchas heridas en mi vida, por desgracia. Luego volqué algo de desinfectante sobre las gasas y procuré limpiar las heridas lo mejor posible, con seguridad y delicadeza. Sabía que le dolería, pero también que lo aguantaría.

—Tu línea de la vida es larga y está muy marcada. Eso significa que vivirás muchos años. —Observé su palma, deslizando un dedo sobre los montes astrales, bajo el nacimiento de las falanges—. Todas tus líneas son profundas. Vivirás intensamente.

Le acerqué el cigarro para que fumara y me lo

sujetara mientras desenrollaba las vendas. Él lo cogió y se lo metió en la boca junto al otro para darles una calada a los dos a la vez.

Le dejé puesta una gasa empapada en desinfectante contra la palma y luego vendé la mano, asegurando la tela con esparadrapo. Estaba segura de que curaría rápido.

—Por alguna razón no me sorprende lo que acabas de hacer. —Se rió por lo bajo, mirándome directamente, luego sonrió con malicia—. Tengo buen olfato para las brujas.

Le devolví la sonrisa con el cigarro entre los dientes y empecé a recoger las pinzas y demás.

—Mi madre es una gran aficionada a estas cosas. Demasiado, tal vez. El tarot, las runas, los posos del café, las líneas de la mano... ¿eres supersticioso?

Me miró con curiosidad, mientras abría y cerraba la mano.

—Lo justo —respondió con una sonrisa torcida—. ¿Y tú? ¿De veras crees que nuestro destino está escrito y hay maneras de descifrarlo? ¿O solo te haces la interesante?

Me reí entre dientes.

—No, no creo que esté escrito. Todos nacemos con una cierta naturaleza, eso sí lo creo. Con tendencias marcadas. Pero me gusta leer el futuro... creer en el destino, aunque sea como parte de un juego, hace que sea más interesante llevarle la contraria.

Me levanté del sofá y dejé las vendas y el desinfectante en una mesita auxiliar. Luego volví a sentarme a su lado, con una pierna flexionada y el brazo apoyado en el respaldo del sofá. No era pudorosa en mis posturas, total, ya nos habíamos visto todo lo que había que ver —al menos, él a mí— y no me importaba que pudiera adivinar lo que había debajo de mi ropa interior. Seguro que ya lo tenía más que visto y aun así me miraba con todo su descaro. Yo, en cambio, me quedé mirándole los tatuajes.

Me tendió la mano sana de pronto, arqueando una ceja, con una sonrisa que parecía burlona pero me resultó algo misteriosa.

—Te gusta leer el futuro. —Dio una calada al cigarro y se echó un poco hacia adelante soltando el humo al seguir hablando—. Lee el mío. Pero dime algo más que obviedades y vaguedades.

Miré su mano, le miré a él y de nuevo a sus tatuajes.

—Me gusta leer mi futuro, no el de los demás —repliqué con una media sonrisa—. Si quieres que te diga lo que indican las líneas de tu mano, eso puedo hacerlo. Pero no esperes mucho más que vaguedades. Las predicciones son así, están hechas para que uno no entienda nada y se pase la vida comiéndose el tarro hasta que sucede algo que puede relacionar con eso.

Por alguna razón no me gustaba la idea de indagar en el futuro de Crowley. Demasiada intimidad, tal vez.

—¿Piensas invitarme a desayunar algún día?

Fue una débil tentativa por cambiar de tema, aunque en realidad tenía algo de hambre. Un paquete de galletas no estaba mal, pero media hora en la barra y el polvazo de después me habían despertado de nuevo el apetito.

Él se quedó mirándome un largo instante sin decir nada, con la media sonrisa y el cigarro en los labios. Apartó la mano y soltó una risa suave mientras se levantaba.

El sol del mediodía iluminaba la habitación, los gatos habían vuelto a la escalinata, ahora había cinco, uno se había subido al piano, un gato negro con los ojos verdes que mantenía fija la mirada en nosotros, sentado como una estatua. Crowley se lo quedó mirando un instante, pareció vacilar, y luego se dirigió hacia la cocina.

—No voy a invitarte a desayunar —respondió mientras salía por la puerta—. Voy a invitarte a comer.

—Entonces voy a vestirme —resolví, poniéndome en pie y estirándome la bata—. Desayunar en bragas

es aceptable, pero para comer hay que estar vestido.

Me encaminé hacia la puerta, preguntándome si vendría a la habitación para decirme lo que me tenía que poner. No me importaría que volviera a quedarse en el marco de la puerta, mirándome intensamente como el día anterior.

Hice una mueca. Esos pensamientos todavía me provocaban confusión, aunque era... divertido, en cierto modo. Me detuve de pronto y le miré con suspicacia.

—No serás vegetariano.

—Ni de coña —respondió mientras desaparecía tras la puerta de la cocina.

No subió a mi habitación, así que tuve que vestirme sola. Una pena. Me puse unos *leggings* ajustados, botines de taconazo con tachuelas y un jersey-vestido de fina lana oscura. Luego cambié de idea y me lo quité todo. Probé con unos vaqueros y un top de lencería. Volví a cambiar de idea y a quitarme la ropa.

Me enfadé conmigo misma por esa estúpida indecisión, ¿desde cuándo me costaba tanto escoger prendas? Y si al menos fuera por no estar satisfecha con el resultado... pero no: estaba vistiéndome pensando en él, y eso me fastidiaba. Quería estar preparada para las posibilidades y si íbamos a follar en cualquier momento y lugar —como venía pasando— la falda era sin duda lo más práctico. Así que me enfundé unas medias de rejilla con ligero, unas plataformas, una falda de encaje negro y un corsé que se cerraba por delante. Luego entré en el baño a adecentarme un poco. Tenía todo el pintalabios destrozado y tenía que volver a arreglarme, pero ya tenía práctica, así que no tardé mucho. Me recogí el pelo y me puse unas pulseras de plata y un collar de bisutería. Luego me lo quité.

Cuando bajé a la cocina estaba muerta de hambre. Crowley no se había puesto la camiseta y estaba cocinando a pecho descubierto, manejando las sartenes con más práctica de la que se podría esperar de una estrella del rock, incluso prendió la salsa en una de las sartenes para flambearla. Iba dando caladas al cigarrillo que colgaba entre sus dientes. A su lado ya

había tres piezas de carne «cocinadas», que aún sangraban sobre una fuente. Me senté a cierta distancia en una de las banquetas, mirándole con una mezcla de insistencia y desdén.

Al poco rato, el gato negro vino y se colocó a mi lado con la misma expresión. Nos miramos un momento y seguimos mirándole a él, esperando que se diera cuenta de que teníamos hambre y estaba tardando más de lo aceptable. Él se limitó a echarme una mirada de arriba a abajo y esbozar una sonrisa lobuna, luego cogió una de las piezas de carne, la troceó y se la dio de comer al gato. Qué cabrón. Al menos, la mesa ya estaba puesta y olía a pan caliente.

—Tú sin prisa, ¿eh? —Ni siquiera me miró. Sirvió el resto de la comida en fuentes y puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando se dio por satisfecho y se sentó fui hacia la nevera solo por fastidiar, la abrí y estuve mirando el interior un buen rato para elegir algo que no fuera lo que había preparado él. Saqué otra lata de caviar y abrí el cajón de los cubiertos —le había visto antes

echar mano de ahí para buscar el sacacorchos—, cogí el abrelatas y me hice también con un bote de mostaza de Dijon. Abrí la lata y el bote por mí misma, y sin usar el truco del cuchillo.

Luego me serví carne y patatas, no fuera a ser que el cretino me hiciera la puñeta de servirme él, lo cual habría sido tan caballeroso como innecesario, y me llené la copa hasta arriba.

Durante todo el tiempo no dejaba de ser consciente de su presencia. Sabía que me estaba mirando, y de vez en cuando le lanzaba miradas de reojo. Era como si todo cuanto hacía estuviera destinado a provocar algo en él, y en cierto modo así era. Del mismo modo, sabía que todo lo que hacía él estaba destinado a provocar algo en mí.

Aquel era el cortejo más extraño y excitante que había vivido nunca.

*

Todo lo que hacía era un desafío a mis ojos. Creo

que ella lo sabía, a veces tenía la impresión de que podía leer en mí como en un libro abierto, como leía en las líneas de las manos. Incluso un gesto tan nimio como levantarse después de que yo me sentara, que abriese la nevera y cogiera algo más que lo que yo le había preparado, me provocaba. Cuando al fin se contentó y tomó asiento no dije una palabra, pero mis ojos seguían fijos en ella. Me preguntaba si era capaz de intuir siquiera lo que estaba pensando mientras le hincaba el diente a la carne sangrante...

Hacía apenas una hora que habíamos follado como animales en la sala de ensayo, pero mientras comía y la miraba se me llenó la cabeza de maneras de castigarla. Atarle los pies al taburete con los trapos, y las manos a la espalda... prohibirle comer, impedirselo... alimentarla con otro tipo de carne... ser creativo con los instrumentos de cocina.

Maldita fuera. Esa mujer me inspiraba.

—Me gusta la carne —dijo—. Sobre todo caliente y poco hecha.

Ahí estaba. Dentro de mi cabeza.

Sonrió a medias, como una bruja. Carne caliente y poco hecha era lo que quería darle de comer. La estaba mirando fijamente, mientras me llevaba un trozo del solomillo a la boca. Al masticar, pensé que podría ser ella.

Sí, no dejaba de pensar en cosas turbias. Y muy turbias.

Tirar las cosas de la mesa sin ningún cuidado, arrancarle la ropa y tenderla sobre ella como si fuera el único plato. O que esperase desnuda a que le llegara su turno. Colocar la comida sobre su cuerpo como en el *Nyotaimori* japonés, como si fuera una bandeja. Que esperase hasta que la devorase a ella, una vez mi hambre hubiera quedado saciada y tuviera que volver a satisfacer esa otra... que ahora más que nunca me resultaba oscura e interminable.

Morder hasta que sangrase. Carne caliente y poco hecha, a mí también me gusta.

Le estaba mirando la boca cuando comenzó a hablar, roja como la sangre y jugosa. Masticaba con recato, era educada y tenía demasiada clase para venir de donde venía.

—No sé cuánto tardará Steve en pagarte lo que te debe, pero mientras esté aquí quiero seguir ensayando mis números. Y ya que no voy a tener trabajo durante estos días, quiero tener alguna otra ocupación. Si no puedo encontrar nada interesante que hacer aquí, tendré que robarte la moto e ir a buscarlo a la ciudad.

—La mención de Steve casi me distrae de esos pensamientos que me habían invadido como un alud. No quería pensar en La Ratonera ni en mi dinero sucio... si lo hacía la ira volvería a mí. Como no quise que eso ocurriera sonreí con malicia acentuada, interpretando lo que había dicho como había interpretado todo lo demás—. ¿Tienes alguna idea?

—Se me ocurren unas cuantas cosas —dije con la misma perversa intención con que ella había pronunciado la frase sobre su gusto por la carne. Luego hice una pausa para beber vino y miré alrededor con cierto desinterés—. Si eres habilidosa... en esta

casa aún quedan muchas cosas por hacer. —La miré, sonriendo con guasa—. También puedes ensayar en mi barra... Es más... me gustaría grabar algunas tomas.

—¿Grabar, para qué?

Me encogí de hombros, echándome un poco hacia adelante al apoyar los codos en la mesa.

—Colección personal.

No podía sonreír con más malicia ya.

—Habrá que firmar un contrato. No me gustaría que después estuvieras ganando pasta con esos vídeos a mis espaldas —repuso, mirándome a los ojos mientras se lamía los labios.

No esperaba menos. Alexandra no era una mosquita muerta que se dejase mangonear... y aunque yo no fuera un ladrón, aquella respuesta me gustó. Ensanché la sonrisa.

—Está bien... redactaremos un contrato, y lo

firmaremos con nuestra sangre —bromeé. Luego comenzaron a ocurrírseme cosas que añadir y debieron volverme a brillar los ojos como los de un lobo—. Quiero que bailes para mí, no quiero que nadie más lo vea, ni usarlo con ningún fin más allá del... disfrute personal... Y artístico —añadí.

Bueno, puede que quedase poco creíble, pero qué coño, yo soy un artista. Un artista salido en ese preciso momento, pero un artista. Ella se echó a reír.

—Tengo un espectáculo que preparé para los rusos, aunque no lo he estrenado aún. Se llama *El embrujo de Circe*. Son cosas que no puedo hacer fuera, delante del resto del público. Esos solo vienen a ver tetas y culos contoneándose, no captan los matices especiales ni son capaces de comprender la simbología... así que cuando vienen los rusos tengo oportunidad de poner en práctica coreografías más trabajadas a nivel conceptual. —Apartó la mirada un momento, los ojos le brillaban. No creía que tuviera muchas oportunidades de hablar de esto con la gente de La Ratonera, y mucho menos con la rata de Steve, ni siquiera sabría apreciarlo—. Está sin estrenar, así

que si quieres te lo puedo ceder en exclusiva.

Y yo no era Steve, podía seguir el hilo de su conversación, pensar en danza conceptual mientras seguía pensando en *esas otras cosas*. Me interesaba el arte, por supuesto, la había visto bailar, que me pusiera cachondo era algo secundario, joder, me ponía cachondo sin hacer nada especial: cuando caminaba, cuando comía, cuando respiraba. Podía pensar en el arte, pero ya había entrado en un bucle del que no podía salir, y cuando habló de exclusividad un cosquilleo me recorrió la columna vertebral.

—*El embrujo de Circe...* —repetí, y sonreí con un aire misterioso... recordé lo que había pensado al verla bailar, el hechizo que revela a los hombres como lo que son. Eso hacía Circe, era una hechicera. Lo siguiente lo dije sin pensar—. Los cerdos no se merecen eso. Y tú tampoco.

—Pero tendrás que pagarme —añadió, como si acabara de recordarlo.

—¿Qué pides por ello? —Mis ojos brillaron cuando

esbocé una sonrisa de sátiro.

Me miró de arriba a abajo y asomó la lengua entre los labios para humedecerlos, entreabriendo la boca después. Estaba coqueteando conmigo. Después de dos polvos, ya era hora.

—Veinte de los grandes. Y no es ni una tercera parte de lo que vale. Pero digamos que confío en que mi estancia aquí será placentera y compensará el resto del pago. Y si utilizas las grabaciones para algo más que para tu uso único y personal, te destrozará la vida. Espero que lo entiendas.

Levantó la ceja y se incorporó a medias para extender una mano hacia mi plato. Mi reacción fue inmediata. Apenas había cerrado los dedos en el borde cuando me eché hacia adelante y le agarré la muñeca con la mano vendada, bruscamente. Ella dio un respingo y vi cómo se le dilataban las pupilas. Mis ademanes eran impositivos y calculados, dominantes, pero no violentos. Tiré de ella hacia mí para hablarle de cerca.

—¿Es que no lo está compensando? —dije bajando la voz, y dirigiendo la mirada a sus labios. Luego volví a mirarla a los ojos—. Me decepcionaría mucho que no hicieras algo así... pero ya te he dicho que firmaré con sangre. Si incumplo... puedes arrancarme el alma y usarla como te plazca.

Ahora sí estaba hablando en serio. Le costó unos segundos reaccionar.

—Lo haré, te lo aseguro —dijo a media voz—. Pero ahora mismo no es tu alma lo que quiero usar...

Y entonces lo hizo. Apoyó la otra mano sobre la tabla y se subió a la mesa, acercándose a mí sin tirar nada, mientras aún la mantenía sujeta. ¿Tal vez era una bruja en verdad y estaba llenándome la cabeza con todas aquellas cosas? Toparse con algo así no sucedía todos los días. He conocido a mucha gente en mi vida, variopinta, extraña, excitante, pero a nadie como Alexandra, el día anterior lo sabía por mero instinto, pero en ese momento lo tenía más que claro. Ella se acercó hasta que su escote, casi desbordante, estuvo a la altura de mi cara, yo seguía mirándola a los ojos,

aunque veía su silueta, su trasero levantándose provocativamente, sensual como una felina mostrándose al macho.

—¿Por qué pensabas que yo estaba con Steve? Ese imbécil ha intentado follarme varias veces, pero nunca le he dejado. No le había dejado a nadie desde hace... desde hace mucho tiempo.

Me estaba excitando otra vez. Mi miembro comenzó a despertar, primero perezoso, luego con un latido violento cuando siguió hablándome, cuando me dijo que no había estado con otros. El hijo de perra de Steve no la había tocado y eso me satisfizo, en sentidos retorcidos y oscuros, pero también en los más benevolentes ¿qué mujer querría que ese cerdo la tocara? Él no se merecía ni respirar el mismo aire, y Alexandra no merecía que alguien como esa rata se aprovechara de ella, no lo merecía en ningún sentido. Entendí a la perfección lo que me estaba diciendo con aquello: compláceme, respeta mi voluntad, estate a la altura y seré tuya.

—Aún no te había visto... —murmuré, cerca de

sus labios, casi rozándolos al inclinarme hacia adelante. Le enseñé los dientes. Volvía a tener hambre, y no de comida, y lo que quería estaba justo donde lo quería—. Y ahora que te he visto no puedo imaginarlo... y si lo imagino... si imagino que te pone una sola mano encima, que te mira como si fueras suya... siento ganas de destrozarle.

«Maldito Steve, por eso la mirabas así». Quería tenerle delante, tenerle ahí, darle una paliza ante de ella hasta que suplicase. Iba a quemar esa mierda de contrato, e imaginaría que lo quemaba a él y a todo su puto local con la piara de cerdos dentro. Eran pensamientos viscerales, pero si en ese instante hubiera podido, lo habría hecho.

—Nadie me pone la mano encima si yo no quiero. Y cuando Steve me ha pegado, ha recibido más de lo que ha dado. Sé *kung fu*. —No me lo tomé a broma, vi a Steve con la cara llena de moratones.

Se mordió el labio inferior, mirándome con fijeza. Apreté su muñeca con más fuerza entre mis dedos. Ella empujó la botella de vino con el tacón para quitarla

de en medio. Luego hizo girar las piernas y las caderas y se sentó al borde de la mesa, apoyando un pie en mi pecho y el otro sobre mi paquete, tirando varias cosas al suelo sin que le importara lo más mínimo. La tenía dura y lo notó, los dos sonreímos como fieras. Abrió las piernas y se escurrió para caer sobre mi regazo, cerrando los muslos alrededor de mi cintura. Deslizó los dedos de la mano libre en mi pelo.

—Cuando salgo a bailar muchos tíos me miran así, como si fuera suya. Luego se van a casa cachondos y frustrados porque no lo soy. Tendrías que partir muchas piernas, cariño... así que mejor no imagines nada. Seguro que tienes mejores cosas que imaginar.

No podía apartar la mirada de sus ojos. Su sabor volvió a mi paladar, su olor me llenó la cabeza. Era La Droga... pero no cualquier mierda, era la jodida ambrosía de los dioses, el loto más extraño y caro del mundo. Saqué la lengua y rocé sus labios, llevándole la mano a la espalda, clavándole mi erección entre las piernas al ondular las caderas.

—¿Y por qué me voy a conformar con

imaginarlas...? —murmuré, con la voz profunda, recorriendo sus labios con la punta de mi lengua en un roce suave. La tensión en mi cuerpo era evidente... podía saltar en cualquier momento sobre ella, cambiar las tornas, romper su hechizo... o caer del todo en él.

—¿Y si no te quedara más remedio? —me respondió con voz melosa—. ¿Y si no te dejara realizar ninguna de tus fantasías de pervertido? Sé las guarradas que quieres hacerme... lo leo en tus ojos cada vez que me miras... —Se inclinó hasta que sus pechos rozaron mi torso y luego me rozó la boca con los labios al seguir hablando entre susurros—. Eres un pervertido, y estás loco. Igual que yo.

El deseo que despertaba en mí era insano. Tenía razón, yo estaba loco, y ella también. Colé la mano libre bajo su falda, la deslicé bajo los elásticos de las bragas y la abrí en su muslo. Le clavé los dedos y la apreté contra mí. Empujé mi erección contra su coño, como si ninguno llevásemos ropa. Ojalá no la lleváramos. Sentía su calor incluso a través de las prendas.

—Entonces sabrás que no me conformaría... — murmuré sobre sus labios—. Entonces sabrás que te pondría de rodillas y te obligaría. Entonces sabrás que te empujaría a la locura hasta que me suplicas que las hiciera realidad todas. Porque eso es lo que quieres. Quieres que te folle hasta hacerte gritar... — Mi voz se volvió más profunda, como si estuviera compartiendo con ella un secreto místico, aunque la estaba mirando como el perverso que soy—. Y quieres ser mi puta.

—Qué sabrás tú lo que quiero yo —susurró a media voz y se echó encima de mí, invadiendo mi boca con un beso lascivo y perverso, apasionado.

Tiró de mi pelo hacia atrás. Me estaba besando como una maniaca, su saliva se escurría en el interior de mi boca mientras oscilaba las caderas, frotándose contra mi polla. Hice frente al beso, me hundí también en su boca y la mordí, cerrando ambas manos en sus nalgas por debajo de la falda. Ella deslizó las uñas sobre mi pecho y luego tiró de su corsé para abrirlo, dando un manotazo hacia atrás.

Escuché el vidrio romperse. Las copas cayeron, los platos se rompieron contra el suelo. Entonces decidí que ya le había dado suficiente cuerda. Me levanté de la banqueta, agarrándola por el trasero, la sostuve con un solo brazo y tiré el resto de la vajilla para subirla a la mesa. Me eché sobre ella como un animal al que hubieran tenido atado hasta el momento y conquisté el beso. Le solté el trasero al sentarla sobre la mesa... era una bancada de piedra, una de esas cosas a las que llaman islas y yo prefiero llamar mesas, si no fuera por eso posiblemente me la habría cargado, porque le agarré los brazos y tiré de ellos, y sin dejar de besarla, empujándola con mi cuerpo, me subí a la superficie laqueada, arrastrándola conmigo para posicionarla en el centro. Ella se resistió, comenzó a lanzarme patadas y golpes, nunca lo hacía a medias, siempre golpeaba con fuerza, evitando, eso sí, golpear la zona que le interesaba mantener intacta.

—Sé más por lo que no pides... que por lo que pides... princesa —murmuré mientras la inmovilizaba con mi cuerpo.

—¿Sabes que podría tirarte al suelo ahora mismo,

cariño? —me respondió, sonriendo como una psicópata. Dios, era maravillosa.

Le agarré las muñecas con una sola mano, y tanteé con la vendada hasta dar con una de las paletas con las que habíamos servido la comida. La levanté para que pudiera verla y me reí por lo bajo.

—No me das ningún miedo... —respondí con una sonrisa cortante, observando cómo ladeaba la cabeza y lamía la paleta—. Sabes que te lo has ganado... ¿verdad?

Amagó un rodillazo en mi entrepierna que convirtió en una caricia más que sugerente, y se rió con malicia, con el corsé abierto y los pechos al aire, la melena negra derramándose sobre la mesa. Me arqueé para rozarme contra su pierna. Sabía que podía destrozarme vivo en esa posición pero que fuera capaz de defenderse, de hecho, me hizo sentir más libre. Volví a besarla enloquecidamente, y de manera brusca me detuve, la empujé contra la mesa y volví a forcejear con ella, llevándome golpes y mordiscos.

Intentaba darle la vuelta, la había ladeado, atrapando sus piernas entre las mías para que dejase de patearme, y estaba a punto de golpearla con la paleta en el muslo cuando sonó el timbre.

Me quedé quieto, con la paleta en alto, y arqueé las cejas. Miré el reloj de la cocina.

Eran las cuatro. Los chicos venían a ensayar.

Maldije el día en que les exigí ser puntuales. Lo maldije con todas mis fuerzas.

*

Durante el forcejeo nos golpeábamos y nos mordíamos, nos besábamos y nos reíamos. Le llamé marica y le dije que la tenía pequeña y eso no había quien se lo creyera, pero así me ganaba con más derecho mi castigo. Y en lo mejor del juego —aunque para cualquiera que nos viera aquello no era un juego —, sonó el timbre.

Volví la cabeza con un sobresalto y le miré,

acusadora y extrañada.

—Como abras te mato.

Me tapó la boca con la mano vendada, y yo le mordí con fuerza. Él seguía con la espátula en la otra mano y yo estaba deseando que se dejara de tonterías y me golpease con ella. Pero la bajó. Maldito fuera.

—Voy a abrir. Es hora del ensayo.... —me señaló con la paleta y me soltó para apartarse—. Pero esto no va a quedar así, te lo aseguro.

—¿Qué? —No me lo podía creer—. ¿Y me vas a dejar así?

Me levanté a medias en la mesa, mirándole tan incrédula como furiosa mientras se iba por la puerta a abrir a sus compañeros. Luego entrecerré los ojos y empecé a maquinarme todas las putadas que podía hacerle, porque al fin y al cabo esto era culpa suya, por no calcular bien el tiempo. ¿En qué coño estaba pensando? ¿Después de abrirme la ropa y...? Bueno, eso había sido yo. Pero él... él... ¡Agh! Esta vez había

sido yo casi todo, tenía que admitirlo.

Me puse en pie y me abroché el corsé, arrojándole un cuchillo de cocina, aunque no tiré a dar. Se quedó clavado en la pared, a su lado. A unos diez centímetros. Luego le tiré la fuente de las patatas, y la botella de vino con el corcho puesto.

—¡Serás cabrón! ¡Esas no son formas de tratar a una dama!

El timbre volvió a sonar. Crowley se quedó mirando el cuchillo clavado en la pared con un gesto de incredulidad.

—Vaya tela... —le oí mascullar—. ¡Un momento, joder!

Volvió sobre sus pasos, caminó directo hacia mí y me arrolló agarrándome por los brazos y arrastrándome hacia la puerta de la alacena.

—Si no te estás quieta te juro que te encierro. —Y según lo decía abrió la puerta y me arrojó al interior de

la despensa. No era una amenaza.

—¡Serás cabrón! —Segunda vez que se lo decía.

Y lo seguí repitiendo mientras me metía en la alacena y me encerraba con llave. Aporreé la puerta y le insulté un buen rato. Después, cuando escuché las voces de los demás miembros del grupo al entrar en la casa, suspiré y apoyé la mejilla en la puerta con aire soñador.

Ese hombre era maravilloso.

Le di un buen rato de paz y aproveché para cotillear su despensa. Luego cambié el azúcar por la sal y estuve rajándole bolsas y paquetes durante un rato, disfrutando de mi maldad, y después, cuando me cansé, me quité un par de horquillas para intentar abrir la puerta desde dentro. No era la primera vez que lo hacía, Steve había tenido que encerrarme unas cuantas veces, y antes que él, mi ex marido, ese en quien no quería pensar.

Era cuestión de paciencia, y yo tenía tiempo.

Cuando conseguí salir del armario, estaban tocando una canción que no conocía. Supuse que eran composiciones nuevas. Caminé sobre los cristales y subí a cambiarme de ropa otra vez; me había puesto esa falda para facilitarle las cosas a Crowley cuando quisiera echarme un polvo, pero dado que tenía cosas mejores que hacer no tenía sentido ir así. Además, tenía unos pantalones vaqueros que me hacían un culo increíble, y pensaba ponérmelos.

Eso hice, regresando a mi habitación y bajando después con los tejanos ajustadísimos y una camiseta de tirantes que me marcaba las tetas como dos melones y dejaba al descubierto mi estómago. Esta vez sí llevaba las pulseras y caminé tranquilamente sobre mis plataformas hasta la puerta del estudio. Entré y me senté con naturalidad, sonriendo a todos y atravesándoles con la mirada mientras me encendía un cigarro. Iba a disfrutar de los temas inéditos de Masters of Darkness con todo el gusto del mundo. Crucé las piernas y miré a Crowley, alzando las cejas con un desafío insolente.

El resto del grupo se miró entre sí. El bajista se

detuvo, desconcentrado con mi presencia inesperada y el guitarrista miró a la batería con un gesto cómplice, como si estuvieran confirmándose algo que habían hablado antes. Crowley tenía la mirada puesta en mí pero no dejó de cantar y levantó el pie del micrófono para darle al bajista en el brazo y que espabilase. La batería se había descompasado, pero no tardó en volver a sonar como debía, con más energía que antes.

El teclista, por su parte, ni había levantado la cabeza del piano y no había perdido el ritmo ni un solo segundo. El resto siguió lanzándose miradas entre sí, aunque continuasen con la canción, y el bajo, en especial, no dejaba de echarme miradas curiosas. Noté que a Crowley se le rasgaba la voz y comenzaba a sonar más oscura de lo habitual.

Cuando vi que me miraba fijamente, le mantuve la mirada, fumando, sin parpadear. Podía ser verdaderamente desafiante cuando me lo proponía, y también muy irritante. Le guiñé el ojo a la chica de la batería y luego como por casualidad, me estiré un poco, alzando un brazo por detrás de mi nuca y arqueando la espalda, sacando pecho. La camiseta de

tirantes y encaje rojo y negro apenas podía contener aquello dentro y noté que el bajo empezaba a dar notas falsas.

Qué bien me lo estaba pasando.

Cuando Crowley golpeó el suelo con el pie del micro e hizo que los demás se detuvieran con un gesto, yo parpadeé afectadamente.

—No lo dejéis por mí, tranquilos. Podéis seguir.

Los del grupo se miraron entre sí y luego miraron a Crowley, como esperando veredicto.

—Oye, Crow, nos da igual lo que hagas con tu vida, pero nosotros nunca hemos p...

—Seguiremos mañana —espetó Crowley, interrumpiendo a la batería.

—Podemos hacer una excepción... —dijo el bajista que titubeó cuando Crowley le miró... por una vez.

Me levanté y le tendí la mano al chaval del bajo, con mi mejor sonrisa misteriosa.

—Tú debes ser Draven. Encantada, soy Alexandra.

El bajista miró de reojo a Crowley pero no se atrevió a hacerme el feo de no saludarme, claro. Me dio la mano y me miró las tetas. Era inevitable. No era culpa suya. Fui saludando a todos, uno por uno, ignorando a propósito a Crowley, pero es que al fin y al cabo, él ya me conocía.

Cuando me acerqué a saludar a la batería percibí su hostilidad, aunque me di cuenta de que no era por mí, sino por la situación.

—Alexandra.

—Démona.

—Tranquila —le dije—, Crowley está experimentando.

Ella miró al cantante y luego a mí, arqueando la ceja.

—Experimentando, ¿eh? ¿Con qué, con tus tetas?

—Entre otras cosas.

—Pues tampoco son tan estupendas, guapa.

—Anda que no —respondí, levantando la ceja y sonriéndole con complicidad.

Demona no pudo evitar una risilla. Creo que le gustó que Crowley estuviera ahí detrás nuestra echando humo por las orejas —yo no lo veía, pero podía sentirlo—. Finalmente, me estrechó la mano y bajó de su taburete.

—No hace falta que os vayáis. Si el ensayo ha terminado, tomemos unas copas. Todos juntos.

Miré a Crowley y levanté repetidamente las cejas, con mi mejor sonrisa de arpía, mientras Draven y Demona se mostraban de acuerdo. Grimm, el chico

gay de los teclados —estaba segura de que era gay— no dijo gran cosa, pero ya le sonsacaría algo.

Le guiñé un ojo a mi anfitrión, fantaseando con las reacciones que mi actitud podría provocar en él.

—Exacto, si ya no hay ensayo no es preciso que se pire nadie, ¿a que no, Crowley?

Demona le dedicó una sonrisa sardónica, sentada aún tras la batería. Crowley sonrió de pronto, con una expresión lupina, y abrió las manos magnánimo. Luego fue a sentarse al sofá y apoyó los brazos en el respaldo.

—Alexandra es muy buena con los cócteles... ¿por qué no nos preparas unos?

Ladeé la cabeza y me reí entre dientes. Estaba sonriendo y parecía muy natural, pero yo estaba viendo ese brillo de perturbado que se le ponía en la mirada cuando le provocaba.

—Porque no soy tu criada, cariño.

Luego reí para todos, como si hubiera sido un chiste. Y ellos también se rieron.

—Ay, qué hombre este. Es más tontorrón... —Me acerqué para pellizcarle la barbilla con el pulgar y luego me volví hacia los demás—. ¿Qué queréis tomar?

Fueron pidiendo lo que les apetecía y me fui al salón, a los restos del mueble bar, para traer todas las botellas que pude. También cogí vasos de la cocina y saqué una lata del caviar carísimo de Crowley, y una barra de pan.

Luego, en el estudio, fui poniendo copas, charlando y bromeando con todos. No se me daba mal hacer de relaciones públicas; era al fin y al cabo lo que hacía a menudo en La Ratonera, solo que esta gente me interesaba de verdad. No me costó crear un ambiente distendido, incluso Grimm participó de alguna conversación, aunque era el único que no parecía del todo cómodo junto con Crowley, claro. Pero Crowley se esforzaba en disimularlo.

—Venga, vamos a hacernos unos bocatas de caviar. Una combinación armoniosa de clase y chabacanería —dije con tono de entendida—. Seguro que si algún gilipollas de la *jet set* empieza a aficionarse a los bocatas de caviar, en cuatro días parecería lo más exclusivo del mundo.

Al final incluso Crowley comenzó a participar de la conversación y beber con todos. Le gastó bromas a Grimm sobre el chándal con el que siempre iba a ensayar y a Ash sobre sus maquillajes de marica. Sin embargo no dejaba de echarme miradas intensas, prometedoras.

—¿Y el caviar no está malo? —Draven no dejaba de seguirme las bromas—. Eso debe estar ahí desde... no sé, la última fiesta.

—Eso fue la semana pasada... no va a ponerse malo en una semana —le respondió Demona mirándole como si fuera idiota.

—Pues huele como si llevase años. ¿Cómo podéis comeros eso?

Aun así, todos menos Crowley comenzaron a prepararse los bocadillos e incluso Grimm probó el suyo.

—Esos bocadillos valen más que vuestros culos... así que ya que me estáis desvalijando la nevera, espero que os los terminéis —espetó Crowley, mirando la comida con asco.

Y es que estaban asquerosos. Demona y yo nos partíamos de la risa a cada bocado, haciendo comentarios como si fuéramos críticas culinarias de la alta sociedad. La pobre chica debía estar harta de andar sola entre aquel bosque de nabos y, tras el choque inicial, habíamos congeniado bien.

—Es... ligeramente salado en boca —decía ella—, y con regusto metálico en el paladar.

—Sí, tiene notas de cítricos y un fondo acre, como de ovulación.

—¿De ovulación?

—Joder, son huevos, ¿no?

—Qué asco... —dijo Ash, apartando su bocadillo.

—Cómetelo, Ash, ya has oído a Crowley —le dije yo, metiéndole el bocadillo de nuevo en la boca.

Los cubatas iban cayendo uno tras otro. Draven estaba luchando por mi atención, y aunque fui amable con él, tampoco me pasé de la raya. Una cosa era molestar a Crowley y otra ponerle celoso sin razón alguna. Eso último no lo quería hacer.

«¿Celoso? ¿Por qué iba a ponerse celoso?».

Las cosas estaban yendo más deprisa de lo que yo podía asimilar, y al darme cuenta decidí seguir sin pensar. Lo prefería.

Durante un momento en el que los del grupo andaban bromeando entre sí, ya desparramados por los sofás y con algo de música sonando en el equipo —previo permiso de Crowley— aproveché para sentarme junto a mi anfitrión. Tomé su copa y se la

rellené, poniéndosela otra vez en la mano. Le miré de cerca, mi brazo en contacto con el suyo, mi pierna contra su pierna, cercanos como viejos amigos o amantes.

—¿Te vas relajando un poco, cariño, o todavía quieres darme un escarmiento? —le dije casi al oído.

—Que me relaje no significa que pierda la memoria... princesa. —Me miró directamente y bebió de la copa mientras lo hacía. Sabía en qué estaba pensando.

—Te he echado láudano en el *whisky* —dije con dulzura, sonriéndole con inocencia. Era mentira, pero me encantaba hacerme la chunga. Además, podría haber sido verdad—. No morirás... pero quedarás dormido durante cien años, hasta que un príncipe te dé un beso de amor verdadero. Y cuando despiertes, no recordarás nada.

—Hay muchos príncipes deseando darme un beso de amor verdadero...—me respondió, mirándome con desafío—. No creo que permanezca más de una

semana dormido...

Me puse otro vodka y me tragué media copa de un trago, ganándome un vitoreo de mi nueva mejor amiga de esa noche. Le guiñé un ojo a Demona y me levanté para cambiar la música. Ellos debían estar hartos de escucharse a sí mismos, así que puse a otro grupo del mismo estilo, música oscura y sexy. Después volví a sentarme junto a Crowley y empecé a hablarle al oído.

—Bueno, antes me has dejado caliente como una gata en celo en la cocina porque tenías que venir a ensayar... no es lo que espero de un anfitrión. Ni tampoco lo que espero de un hombre de verdad. Así que entenderás que tengo que mantener mi dignidad en su sitio, cariño. —Le palmeé la rodilla—. Ahora es mi turno de ponerte cachondo y después largarme.

Le sonreí y me levanté para acercarme a la barra de metal en la que había bailado justo esa mañana. Le quité la copa a Demona para darme otro buen trago y luego me encaramé en vaqueros, colgándome hasta arriba y dándome la vuelta después. Había muchos movimientos complicados que no podía hacer con los

pantalones estrechos, pero eso era lo de menos, lo importante era la actitud. Y yo la tenía de sobra.

Bailé durante unos diez minutos, improvisando con la naturalidad de la experiencia, abrazándome a la barra como si fuera un amante, deslizando la lengua sobre el acero, acariciándola con las piernas, subiendo y bajando sobre ella en gestos marcadamente sexuales y lanzando miradas lascivas a Crowley de vez en cuando. Al principio, los chicos silbaron y rieron, incluso alguien hizo palmas. Pero después, poco a poco, un hechizo pareció caer sobre todos ellos. No sé si fue por el baile, por el alcohol o por la música, o por todo a la vez, pero Demona y Ash empezaron a darse el palo allí mismo. Y algo pasó también con los otros dos en el otro lado de la habitación, en un sillón de dos plazas. Debía ser esa tensión sexual que había entre Crowley y yo, que había acabado disparándole la libido a todo el mundo.

Poco antes de que terminara la tercera canción, bajé de la barra y eché a andar hacia la puerta del estudio, que tenía el cristal roto. La abrí y le guiñé el ojo a Crowley sin detenerme, saliendo a buen paso en

dirección a la escalera.

Tenía que llegar allí, trepar la escalinata y encerrarme en mi habitación. O ese era mi plan. Castigarle y dejarle a dos velas, deseándome, muriéndose por mí. Pero con Crowley todo era imprevisible.

Conté los pasos que me separaban de las escaleras. Diez, nueve, ocho... ya había comenzado a ascender los peldaños apresuradamente cuando escuché sus pasos. Volví la mirada un instante, lo suficiente para ver cómo se echaba a correr de repente.

Se me dilataron las pupilas y maldije los tacones. Aun así, era bien capaz de correr con ellos puestos. Subí a toda velocidad, sintiéndole detrás de mí, trepando por la escalinata y subiendo peldaños de tres en tres. Cuando llegué al rellano me agarró del tobillo y me tiró al suelo. Le di una patada y me levanté como pude.

Seguí subiendo. Cada vez sentía su respiración

más cerca. Hasta el calor de su cuerpo parecía rozarme en la distancia cada vez más breve. Me estremecí. Di un par de traspies al abalanzarme hacia la puerta de la habitación pero conseguí entrar. Creí que me había salvado cuando la empujé con fuerza para cerrarla...

Y de pronto se abrió con un estallido, empujada por los poderosos brazos de Crowley, que entró como un vendaval. Después solo sentí el suelo bajo mi cuerpo, el ligero dolor de un golpe en el costado y su calor, sus manos y sus labios envolviéndome una vez más. Le rodeé con los brazos y le clavé las uñas en la espalda, satisfecha. Él se arqueó y noté su polla durísima clavarseme entre las piernas.

Al final me había salido con la mía.

Comenzó a arrancarme la ropa sin ningún cuidado, tirando de mi top y abriéndome los pantalones, arañándome la piel con sus gestos violentos.

—¿Creías que iba a dejarlo así... princesa? — susurró con la voz arrebatada y profunda.

—Cállate —siseé, venenosa. Luego le di un bofetón, de ida y vuelta, con la palma y después con el revés—. Me dejaste ahí tirada y luego me encerraste en la puta despensa. ¿Quién te crees que eres? ¿Quién te crees que soy yo? A mí no me tratas así, ¿me oyes, bastardo? A mí me follas en condiciones, para calentar bragas ya tienes a tus *groupies*.

Después de zurrarle, le agarré de los pelos y le di un morreo. Me mordió los labios y me arrancó el sostén. No se andaba con delicadezas, me debió joder los cierres, otra vez. Mientras le besaba me rodeó el cuello con el sujetador y lo retorció, cerrándolo con una mano a modo de collar, luego me empujó para separarme de él y me soltó un revés con la otra mano.

—Eres una zorra —espetó, y comenzó a forcejear con mis pantalones para bajarlos—. Te follaré cuando y como quiera...

No fue una bofetada juguetona, no, me dio un buen bofetón. Se me fue la cara hacia un lado y de inmediato noté la presión en el cuello. Me volví hacia él y traté de arañarle la cara mientras le pateaba con los

tacones y él trataba de desnudarme del todo. Tenía las tetas al aire, que se sacudían con mis forcejeos, pero estaba segura de que a él no le pasaría desapercibido que tenía los pezones como piedras.

—Será si puedes, maricón de mierda. Aquí no mandas tú, a ver cuándo te enteras.

Y le escupí.

Con suerte me daría otra hostia. Yo no podía esperar. Y no me hizo esperar. Me cruzó la cara de nuevo y luego se rió como un puto loco. Le estaba sacando de sus casillas.

—A ver cuándo te enteras TÚ. —Fue su lúcida respuesta, pero a tenor del calor y la dureza de lo que tenía entre las piernas no debía estar llegándole mucha sangre a la cabeza.

Me dio la vuelta, bregando con mis patadas y mis codazos, tirando del sostén para manejarme hasta tenerme de espaldas a él, mientras intentaba mantener mis piernas quietas apretándolas entre sus rodillas. El

sujetador me constreñía la garganta y eso no ayudaba a mantenerme tranquila. Qué coño, no iba a poder estar tranquila nunca más con ese tío cerca. Me pasaba el día cachonda.

—Hijo de puta.

Acabó por agarrarme de las muñecas y me las llevó a la nuca. Las ató con los extremos del sujetador, y al comenzar a tirar de ellas me di cuenta de que me estrangulaba a mí misma. Noté la presión de su mano sobre mi cabeza cuando me inmovilizó contra el suelo.

—No vuelvas a ponerte unos putos pantalones mientras estés bajo mi techo... ¿me oyes?

—Cabrón.

Le escupí y le intenté morder. No podía hacer gran cosa así, pero seguí resistiéndome hasta que me quitó los zapatos para poder desenfundarme los pitillos, y le costó lo suyo. Me reí mientras se las veía y deseaba para apartar la prenda, burlándome a mis anchas.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo? Como te las apañes igual de bien que ahora, inútil...

—Los voy a quemar. —Tiró el pantalón a un lado y me agarró por las muñecas atadas. Le noté embestir detrás de mí mientras se abría los pantalones, ansioso —.Yo creo que me las estoy apañando bastante bien... —gruñó en mi oído y luego me obligó a ponerme de rodillas.

Hice como que me resistía, pataleando fuerte y gimiendo a causa del esfuerzo y de la excitación. Tenía las bragas mojadas y algunos movimientos de mis brazos me hacían daño en la garganta al tirar del sostén con el que me estaba estrangulando.

—Como me quemes la ropa te quemo yo a ti la tuya —le advertí.

—¿Y crees que eso va a detenerme? —gruñó, tirando de mí hacia él mientras me bajaba las bragas con la otra mano. Restregó los dedos sobre mi coño, abriendo los pliegues, más que mojados a estas alturas y extendiendo la humedad, frotando con las yemas

contra la piel hinchada y el nódulo endurecido del clítoris. Me tensé y aguanté un gemido en la garganta. Él se rió por lo bajo, y me lamió la oreja—. Puedo hacer lo que quiera con tu ropa... y contigo. Sobre todo contigo.

La voz se le ahogó entre la respiración agitada. Empujó entre mis nalgas y me rozó con la polla. Le sentí empujar en mi entrada, y en el último momento me dio la vuelta, me agarró del pelo y me empujó hacia abajo.

Pensaba que no lo iba a hacer nunca. Debí sorprenderle lo fácil que le resultó, pero para qué engañarnos, estaba deseando tener aquello en la boca desde el primer día que me lo metió en el coño. Que fue ayer. Ayer. ¿Cómo podía estar tan loca en solo veinticuatro horas? Las cosas iban demasiado rápido, pero qué demonios, siempre me había gustado vivir deprisa.

Abrí la boca y dejé que se escurriera entre mis labios, succionando hacia adentro y acogiéndole hasta la garganta. No podía con toda, era enorme. Aun así, a

Crowley no le bastó; me agarró del pelo y tiró hacia sí mientras empujaba con sus caderas contra mi boca. Gemí, intentando abarcar lo que era imposible. Le miré con rabia desde abajo mientras chupaba y lamía, retirándome un poco para no ahogarme. Si Crowley esperaba mordiscos o resistencia, debía sentirse decepcionado. Pero a pesar de que mi boca le prodigaba atenciones con hambre y entusiasmo, yo le miraba como si no quisiera hacerlo, como si él me estuviera obligando.

Sentía su polla crecer en mi garganta, enorme y caliente, dura como el acero. Me intenté retirar para lamerla entera, estrechar los labios contra ella y frotar la cara contra su palpitante piel como si fuera algo digno de adoración, y enseguida volví a metérmela en la boca, o más bien él me obligó. Gemí como si me quejara y le miré con rabia otra vez, hasta que mi respiración se convirtió en un jadeo entrecortado y empezó a costarme tomar aire.

Poco a poco me fui viendo más incapaz de mantener la pantomima, y es que era difícil, porque me encantaba lo que estaba sucediendo. Así que al final

bajé la mirada y me dediqué a demostrarle a Crowley lo cachonda que me ponía y lo mucho que me gustaba su polla.

Se dio por enterado e hizo lo que yo estaba esperando con tanta ansiedad. Me apartó con un tirón violento, obligándome a erguirme sobre las rodillas, y me besó mientras volvía a abrirme el coño con los dedos, tirando de una de mis piernas para abrirse camino entre los muslos. Me estaba relamiendo, jadeando y riéndome con lascivia, una euforia desconocida, parecida a la de las drogas, me golpeaba en el pecho.

—Eres un cerdo —le dije, jadeando sobre su boca mientras le rodeaba la cintura con una pierna y le rozaba el pelo con los dedos del otro pie, el que se había echado al hombro. Luego me sujetó con fuerza contra su cuerpo—. Eres un cerdo y un cabrón. ¿Quieres follarme? Fóllame. Fóllame como solo tú puedes hacerlo, cabrón.

Le mordí la boca y traté de morderle la lengua también, apretándome contra su cuerpo y empujando al

tiempo que él me penetraba para hundirle más en mi interior. Grité, jadeando con fuerza al acogerle dentro de mí. Estaba caliente y apretada, palpitando de hambre por dentro y mi cuerpo parecía abrirse para él y luego atraparlo como un puño que se cerrara.

—Vamos, hijo de puta —jadeaba mientras me movía contra él, clavándome hasta el fondo, con todo el cuerpo tenso de excitación, ebria, jadeando como una perra perversa—. Dime cosas guarras. Pégame. Demuéstrame el hombre que eres, cabrón —insistí, avasalladora, lamentando no poder abofetearle en esta postura.

Me rompió el sujetador para liberarme, como si de nuevo hubiera leído en mi mente. Se apartaba a veces entre los besos desatados para mirarme desafiante, con los ojos turbios y oscuros de un desequilibrado.

—No quiero follarte...—dijo con la voz ahogada, se estaba esforzando por llegar más lejos, apretándose con más fuerza con cada embestida en esa postura tan complicada. Estaba follándose de rodillas, sosteniendo el peso de mi cuerpo con sus brazos mientras embestía

como un animal—. Te estoy follando ya, como a la... zorra que eres.

Le solté al fin el bofetón que tanto deseaba. Luego me eché hacia atrás, apoyando una mano en el suelo y arqueando la espalda para exhibirme y cambiar la postura lo poco que él me dejó, jadeante y totalmente entregada. Cada vez que entraba y salía de mí, mi cuerpo parecía distenderse y vaciarse como si fuera el jodido pistón de una locomotora. Cada vez que empujaba en mi interior, enviaba calambres de placer hasta las raíces de mi pelo. Y cuando me corrí ni siquiera lo vi venir, fue una explosión salvaje que cayó sobre mí por sorpresa, zarandeándome y haciéndome gritar. Él empujó con más fuerza al escucharme, más rápido, y me sujetó clavando los dedos en mis hombros. Me abracé a él, le mordí, le tiré del pelo y me pegué a su cuerpo con desesperación, y cuando el clímax pasó no me permití un respiro, seguí yendo a su encuentro y arañándole, mordiéndole como una gata en celo al ser montada. Maldito fuera. Veinticuatro horas, y aquello ya era una locura...

No quería ni pensar en los días que estaban por

venir.

Me tumbó sobre el suelo, se tragó mis gemidos con un beso ansioso y desbocado. Le seguí clavando los tacones en el culo e insultándole mientras le atraía hacia mí. Podría decirse que le forcé a continuar, pero Crowley no era persona a quien se pudiera forzar a nada, y además estaba encantado de la vida a juzgar por lo rápido que volvió a la carga. Me arrastró del pelo hasta la cama, le pegué, él me pegó, le insulté, me ató...

En resumen, fue una noche maravillosa.

Después del tercer asalto me quedé al fin tranquila, con el carmín casi extinto —a pesar de que era permanente—, fumando un cigarro, despeinada, desnuda y satisfecha. Miré de reojo a Crowley pensando en lo bueno que estaba, en lo grande que la tenía, en lo bien que follaba y en la de tornillos que le faltaban. Era mucho mejor de lo que parecía en los medios.

No le había preguntado si había otras mujeres. Por

alguna extraña razón, estaba bastante segura de que no habría ninguna de la que preocuparse. Quizá era demasiado segura de mí misma... «¿En qué estás pensando, Alexandra?», me recriminé. «En nada, solo en que mejor así. No me apetecen tirones de pelos con alguna loca».

*

La cama estaba revuelta. La colcha había resbalado hasta el suelo. La había atado con mis propios pantalones, con las sábanas, con todo lo que había encontrado. El fuego volvió a alzarse, éramos la llama y el combustible, y no paramos hasta que todo se extinguió. En esos instantes, tumbado en la cama a su lado, con un brazo aún sobre ella y la mano sobre una de sus preciosas tetas —porque os juro que lo son, y he visto muchas—, tenía la mente totalmente en blanco, cada vez que respiraba me llenaba con su olor, con el perfume almizclado que acababa formándose cuando follábamos y que luego actuaba en mí como alguna clase de droga de diseño —qué coño, de alto diseño—.

Cerré los ojos unos instantes con el rostro vuelto cerca de sus cabellos, pero ni de coña me había dormido, eso habría sido faltarle al respeto a todos los dioses, que seguro estaban muy satisfechos con nosotros. Cuando el olor del tabaco llegó a mi nariz, me incorporé a medias, apoyándome en el codo.

Sonreí con un gesto embriagado. Aún tenía la mano en su pecho y la aparté después de unos instantes solo para quitarle el cigarro de los dedos y darme una calada, mirándola de reojo.

—¿Por qué me llamas princesa?

Me acercó el cenicero y me lo sostuvo mientras me miraba, dejé caer la ceniza en él.

—Porque me dijiste que no lo hiciera. —Me reí entre dientes.

—Eres más tonto... —Cogió el cigarrillo de vuelta, dio una calada y dejó el cigarro y cenicero entre los dos—. Me gustan tus tatuajes. Ojalá pudiera hacerme alguno. Siempre he querido llevar muchos, en los

brazos, en las piernas, en la espalda, en el vientre... como los aviadores y los presidiarios.

Me lamí los labios y ladeé la cabeza, mirándola como un gato curioso.

—¿Y por qué no puedes hacértelos?

—Porque sería más difícil pasar desapercibida. La gente puede olvidar de qué color tienes los ojos, o el pelo. Pero de los tatuajes no se olvidan.

La miré con más curiosidad. En esos momentos tenía las defensas bajas... el sexo me había dejado descargado, demasiado tranquilo... más tranquilo de lo que me había sentido en mucho tiempo. Se parecía un poco a la sensación tras los conciertos. No, era mejor, estaba del todo tranquilo, y no me tocaba soportar a nadie con el que no quisiera estar en esos instantes.

—Es contradictorio que quieras pasar desapercibida y bailes en la barra. No creo que un par de tatuajes te impidieran pasar más desapercibida... solo un gilipollas se olvidaría de haberte visto.

Se le escapó una sonrisita dulce y volvió a darle una calada al cigarro.

—Tú nunca me has visto bailar en la barra de La Ratonera, ¿verdad? —Negué con la cabeza. No la había visto, y no quería verla allí. Cuando ese pensamiento volvió a mí, ya no podía desvincularlo de la idea de quemar el local con todos dentro. Así estaba mi cabeza—. Tal vez no te lo parezca, pero cambiamos mucho de estar ahí arriba a estar aquí abajo. Las luces, el maquillaje, el vestuario... te aseguro que mucha gente no me reconoce. Pero supongo que contigo es igual. No te pareces al Crowley de los vídeos musicales y de las revistas. ¿Cómo te sientes cuando estás subido en el escenario, delante de millones de personas que enloquecen con cada grito que das?

Me acomodé entre los almohadones, cruzando los brazos tras la nuca. Estaba desnudo y no tenía intención de cubrirme, me encontraba cómodo, y no tenía ganas de asomarme a ciertos pensamientos, así que me centré en su pregunta, la miré de reojo y sonreí. Debieron brillarme los ojos.

—Poderoso —respondí sin tener que pensármelo. Era así como me hacía sentir, la euforia colectiva, que todos hicieran exactamente lo que yo les pedía, que reaccionasen a todo lo que hacía.

—A mí me pasa igual. —Me pareció que iba a decir algo más al respecto, pero luego frunció el ceño y preguntó sin más—. ¿Te vas a quedar?

—Sí —le dije mirándola de reojo—. ¿Vas a echarme?

Sonreí con malicia. Aunque estaba ahíto y relajado, no tenía ganas de gresca, en realidad. Ella pareció pensárselo y luego negó con la cabeza.

—No, creo que no.

Apagó el cigarro y se ladeó para mirarme. Me cogió un brazo y lo estiró sobre la almohada, luego se subió sobre mí y cruzó los brazos sobre mi pecho, apoyando la mejilla sobre sus manos. Estaba preciosa.

—Tápame, no quiero despertarme con el culo

helado. Y no molestes. Y ten cuidado, doy patadas a veces.

Tiré de las sábanas enredadas, le puse las manos en el trasero y me acomodé bien bajo su cuerpo. Nos cubrí con la colcha de cualquier manera. Y no pude resistirme. Ya he dicho que había bajado la guardia, de hecho, me importaba tres cojones la puta guardia. La empujé hacia mí y le robé un beso, largo y tranquilo, antes de cubrirnos del todo.

—Idiota —murmuró cuando me acomodé en la almohada.

No respondí. Cerré los ojos y la escuché respirar con calma cuando se quedó dormida sobre mi pecho. Y en algún momento, llevado por ese suave murmullo, me dormí sin darme cuenta, agotado y satisfecho.